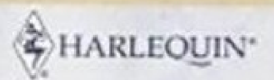
Jazmín especial

Una novia entrometida

Jessica Stelle





Jessica Steele

Una novia entrometida

ePub r1.0

Para Yancie, el trabajo que había conseguido como chofer del empresario Thomson Wakefield era todo un reto. Desde que lo había conocido, su vida había ido de contratiempo en contratiempo, pero sabía que era un hombre del que podía enamorarse. Para ella, el amor significaba matrimonio. ¿Significaría lo mismo para Thomson? No lo sabría hasta que unas placas de hielo en la carretera les hicieron sufrir un terrible accidente y él le hizo la pregunta en la cama de un hospital. ¿Podía confiar en las palabras de un hombre que estaba bajo los efectos de los calmantes?

CAPÍTULO 1

ERA el primer trabajo que tenía y estaba encantada. Yancie se metió en la autopista con el Mercedes y en cuestión de minutos se colocó en el carril más rápido, para ir a recoger a su pasajero.

Esa era la mayor pega de su nuevo trabajo, que tenía que viajar y había muchos tiempos muertos. Y ella no estaba acostumbrada a esperar. Estaba acostumbrada a estar ocupada todo el tiempo. Pero hasta ese momento las esperas no le habían supuesto un problema. Llevaba trabajando tan solo tres semanas. Su trabajo consistía en llevar de un sitio a otro a altos ejecutivos de una empresa. Después de la primera semana, los tiempos de espera los había dedicado a visitar museos, galerías de arte, a ir al cine y a ver a algunos amigos, si estaba cerca de ellos. Un día hasta pudo ir a casa de su madre, no sin antes quitarse la tarjeta de identificación que llevaba siempre en su uniforme.

Yancie estaba segura de que su madre no pondría buena cara si se enteraba de que no solo se había ido de casa, donde vivía con su padrastro, sino que incluso había encontrado trabajo. Una vez le dijo que quería trabajar y su madre se había escandalizado.

Era mejor no decir nada. Era mejor que no supiera lo que hacía y estar bien con ella.

Yancie miró la tarjeta de identificación que había dejado en el asiento de al lado. Tendría que recordar ponérsela otra vez cuando fuera a buscar al señor Clements.

Mientras conducía pensó que más que encontrar el trabajo, el trabajo le había encontrado a ella. Aunque la verdad, había sido su primo Greville el que se lo proporcionó. Aunque para ser más precisos había que decir que Greville era medio primo.

Yancie conducía muy bien y sabía anticipar lo que iban a hacer

los oíros conductores mientras ella pensaba en sus cosas.

No solo había ido a casa de su madre una vez abandonada la comodidad de la casa de su padrastro, que compartía con la hija de este, sino también a casa de su tía Delia, la madre de Greville.

Yancie pensó que nunca le tenía que haber prestado el coche a Suzannah Lloyd. No lo habría hecho, si hubiera sabido que Sukey iba a tener un accidente y le iban a dar siniestro total. Después de haber comprobado que Sukey estaba bien y que nadie había sufrido daño alguno, Yancie le había contado a su padrastro lo que había ocurrido.

Ralph Proctor era un padrastro excelente. Había pensado que él se preocuparía por Sukey, como le ocurrió a ella, pero para su sorpresa lo que hizo fue regañarle por dejarle el coche a todo el mundo.

Por desgracia, la hija de Ralph, Estelle, estaba presente cuando le regañó y la había mirado como preguntándole si pensaba que su padre iba a comprarle un coche nuevo.

Yancie no fue la única sorprendida. Incluso a su padrastro le extrañó el tono que utilizó su hija. Antes de que él pudiera responder, Yancie le contestó:

-¡Ni siquiera se me había ocurrido! Tengo suficiente dinero como para...

-¡Ese dinero es el que te da mi padre! -le replicó Estelle. Yancie se quedó mirándola boquiabierta.

-Yo nunca se lo pedí -fue la mejor respuesta que se le ocurrió.

-Pero sin embargo no lo rechazas, ¿verdad? -atacó Estelle. En ese momento se dio cuenta de que ya no podía seguir viviendo con su padrastro y su hermanastra. No se había imaginado que Estelle estuviera tan resentida con ella.

-No te preocupes que no voy a aceptar ni un céntimo más de tu padre -le había respondido Yancie con mucha calma. Y se marchó. No quiso escuchar la reprimenda de su padrastro.

-¡Estelle! -lo oyó decirle cuando ella salía de la habitación y cerraba la puerta-. Sabes más que de sobra que Yancie se gana el dinero que recibe con el trabajo que hace en esta casa.

-¡Pues pon un anuncio buscando una chica!

Yancie no quiso seguir oyéndolos. No podía quedarse en aquella casa después de lo ocurrido. Se fue donde sus primas Fennia y Astra

se iban cuando tenían problemas. Se fue a casa de su tía Delia.

-Nunca me gustó Estelle Proctor -Delia Alford opinó, cuando Yancie le contó lo que había sucedido.

-De todas maneras, es verdad que yo acepté el dinero que me dio Ralph.

-¡Pero te lo has ganado! -exclamó Delia, sabiendo positivamente que hacía cuatro años, cuando Yancie tenía dieciocho años y había terminado el instituto, Ralph Proctor le había casi suplicado que se quedara en casa a vivir con él, diciéndole que le pagaría un sueldo si se encargaba de la casa-. Con esa hija que tiene, que le saca faltas a todo, sabes tan bien como yo que no hay nadie que aguante en aquella casa más de cinco minutos.

-¿Y qué hago?

-¿Qué es lo que quieres hacer?

Yancie se quedó pensativa. Quería mucho a su padrastro, pero...

-No puedo volver -respondió-. Es imposible vivir con Estelle.

-Pues no vuelvas -le respondió Delia Alford-. Puedes quedarte a vivir aquí si quieres. Aunque estoy segura de que Astra querrá que te vayas con ella. Tiene sitio en su piso. También te puedes ir a casa de Fennia.

El piso en el que vivían sus primas era del padre de Astra. El vivía en las Islas Barbados, en vez de en su piso de Londres.

Yancie estaba a punto de decirle que iba a llamar a Astra cuando llegó su primo Greville a ver a su madre.

-¡Yancie! -exclamó sonriendo, después de saludar a su madre. Se dirigió a ella con los brazos abiertos.

Yancie se acercó a su medio primo, que ya estaba cerca de los cuarenta. Greville le dio un abrazo y un beso y después le preguntó que qué era aquello que había oído cuando entraba que iba a buscar trabajo.

Mientras se tomaban una taza de café, Yancie le informó de todo lo que había pasado.

-Tendría que haber buscado trabajo mucho antes -le dijo Yancie.

-Ya sabes que tu madre no va a poner muy buena cara cuando se entere, ¿no? -comentó Greville-. Se va a enfadar tanto contigo como con Ralph.

-No me había acordado de mi madre -respondió Yancie. Hacía años que no vivía con ella, ya que nada más cumplir los siete la

habían enviado a vivir interna en un colegio.

Yancie siguió conduciendo mientras se acordaba de su padre que había muerto en un accidente de esquí. Su madre había heredado bastante dinero, pero se lo había gastado casi todo. Porque a Úrsula Dawkins no se le había pasado por la cabeza la posibilidad de buscar trabajo. En vez de eso, lo que había hecho había sido casarse con un hombre con mucho dinero. Ese hombre fue Ralph Proctor.

Yancie pasaba las vacaciones en su casa y se había encariñado mucho con Ralph Proctor. Y él también con ella. Cuando su madre se divorció de él, su padrastro no solo le daba dinero a su madre, sino también a ella para que terminase sus estudios.

Pero eso no impedía que su madre tratara de hacerle la vida imposible si se enteraba de que no solo había abandonado la casa de Ralph, sino que además había encontrado un trabajo.

-El problema es que no tengo ninguna especialidad -le explicó a su tía y a su primo-. Podría hacer las cosas de la casa, supongo, pero...

-¡De eso nada! -exclamó Delia Alford de forma tajante.

-Pero es que es lo único que sé hacer -confesó Yancie.

-¡Tonterías! -declaró su tía-. Sabes conducir y sabes...

-Hay un puesto de conductora en Addison Kirk -intervino Greville. Su madre y su prima lo miraron-. Pero a lo mejor no te apetece hacer eso...

-¡Me encantaría! -respondió Yancie muy contenta.

-Oye, que no te lo decía en serio.

-Pues yo sí.

-No sé si van a querer darle el puesto a una mujer... -empezó a decirle. Al ver cómo le estaban mirando las dos, no pudo hacer más que sonreír-. Aunque como todos dicen que hay que conseguir la igualdad de las mujeres, a lo mejor se lo piensan.

Greville les contó que uno de los conductores se había jubilado y que el puesto llevaba vacante más de una semana. Delia puso una sonrisa de oreja a oreja. Estaba orgullosa de su hijo. Él, al igual que su padre, estaba en el consejo de administración de Addison Kirk.

-Pues entonces no hay nada más que hablar -le respondió su prima sonriendo-. ¿Para qué sirve si no tener un primo en el consejo de administración?

-Tienes razón -replicó su primo.

Después de pasar una entrevista, cuyos resultados ella ya sabía de antemano, Yancie consiguió el puesto. Greville le sugirió que no dijese a nadie que había conseguido aquel trabajo por él.

-De hecho -le dijo sonriendo-, sería mejor que nadie se enterara de que somos familia.

Yancie guardó el secreto. En pocas semanas pasó de no tener coche a ir a visitar a sus amigos conduciendo un Mercedes, un Jaguar y otros coches parecidos.

El jefe de Yancie le había hecho unas pruebas de conducción y había quedado satisfecho. Le tomaron medidas para hacerle un uniforme. Dos chaquetas, dos faldas y varias camisas con el logotipo bordado de Addison Kirk, que consistía en un puente sobre la bola del mundo. Yancie pensó que el logotipo tenía que ver con el material industrial que fabricaba la empresa. Cuando iba a visitar a sus amigos se ponía un broche sobre el logotipo. No quería correr el riesgo de que alguno de ellos fuera con el cuento a su madre.

Yancie, mientras conducía, se quedó pensando en la sugerencia que le había hecho su tía, de que se fuera a vivir con sus primas.

-Que no se te ocurra irte a vivir a otra parte -le había dicho Astra.

-Eso mismo digo yo -repitió Fennia. Era como estar otra vez en la residencia, pero mejor. Las tres primas tenían más o menos la misma edad y se llevaban como hermanas.

Yancie miró el cuadro del coche y se fijó en que se estaba quedando sin gasolina. Iba a ser difícil poder llegar con lo que le quedaba a Londres. Ni tampoco tenía suficiente para ir a recoger al señor Clements.

Pensó en que no faltaba mucho para llegar a una gasolinera. Sería mejor no pasársela, porque no habría otra en varios kilómetros. No había tiempo para pensar. Tenía que actuar. Dio un volantazo para ponerse en el carril de al lado y en su maniobra casi se pega contra un Aston Martin.

Ya lo había visto antes, porque la había intentado adelantar, pero se había olvidado de su presencia. No tenía tiempo para disculparse. Tenía que llegar cuanto antes a la gasolinera.

Por fortuna, el conductor del Aston Martin había reaccionado y había evitado el accidente. En cuestión de minutos llegó a la gasolinera.

Salió del Mercedes y no había hecho más que cerrar la puerta cuando el Aston Martin se detuvo detrás de ella. De su interior salió un hombre alto y moreno. A juzgar por la expresión de su cara, iba a tener que disculparse.

Lo habría hecho, de no haber sido porque su puesto de trabajo estaba en juego. Si a aquel hombre tan bien trajeado se le ocurría anotar el número de su matrícula y formalizar una queja, perdería su empleo.

-¿En qué diablos iba pensando? -le preguntó el hombre de forma agresiva nada más colocarse a su lado. La miró de arriba abajo y se fijó en el broche que llevaba. Por suerte no podía identificar el logotipo de la empresa donde trabajaba.

Ella no estaba acostumbrada al tono que utilizó aquel desconocido.

-¿Yo? -respondió-. Usted es el que ha tenido la culpa. Si hubiera ido por donde tenía que ir, no habría ocurrido nada.

-¡Usted fue la que invadió mi carril! -gritó el hombre muy alterado-. Y ni siquiera puso el intermitente.

-¡Está bien, no tengo todo el día para estar discutiendo aquí con usted! -le interrumpió, adoptando una actitud muy arrogante. Al parecer aquel hombre tampoco estaba acostumbrado a que le hablaran en semejante tono. Se dio cuenta por la forma en que estaba respirando y apretando los dientes.

-¡Hablaremos de esto más tarde! -le respondió. Se dio la vuelta y se metió en su Aston Martin.

Yancie se quedó boquiabierta. No sabía qué era lo que le había querido decir con aquella advertencia. Era imposible que hablara con ella, porque no la conocía. Además, llevaba el broche encima del logotipo de su empresa. Lo extraño era que no sabía por qué se preocupaba, cuando ni siquiera habían tenido un accidente.

Yancie prosiguió su camino con sumo cuidado. Aquel suceso la había desconcertado. Cuando llegó a recoger al señor Clements, iba ya perfectamente uniformada.

Algunas veces, Yancie se llevaba el coche a casa, sobre todo cuando terminaba tarde. Para que se lo dejasen llevar había tenido que asegurar al señor Kevin Veasey que iba a dormir en un garaje. Pero no la dejaban utilizar el coche para su uso personal.

Aquel día iba a terminar tarde y se llevó el Mercedes a su casa.

A pesar de las horas a las que llegó, su prima Astra todavía estaba trabajando.

-Astra trabaja mucho -le dijo a su prima Fennia.

-Le encanta trabajar -respondió Fennia-. ¿Qué tal hoy?

-Casi he tenido un accidente con un Aston Martin. Aparte de eso, todo bien -sonrió y le contó a su prima lo que le había ocurrido mientras comían la cena que su prima había preparado.

-¡Hombres! -exclamó Fennia.

-Fui yo la que tuvo la culpa -señaló Yancie.

-Da igual.

Se rieron. Las tres primas estaban muy unidas. Las tres habían pasado por las mismas experiencias. Las tres habían tenido madres que habían pasado de relación en relación. Las tres habían tenido un pasado muy poco estable. Las tres habían tenido que soportar demasiados hombres en las vidas de sus madres.

La tía Delia había sido la única a la que habían podido acudir para conseguir algo de seguridad. La tía Delia tenía diez años cuando su madre se volvió a casar. Y en tres años tuvo tres hijas. La madre de Yancie ya había tenido sus aventuras antes del accidente de su padre. La madre de Fennia se había casado dos veces y en aquellos momentos estaba buscando marido. La madre de Astra se había divorciado dos veces y en aquellos momentos estaba viviendo con otro hombre.

Con esos pasados, las tres primas, a la edad de dieciséis años y por miedo a haber heredado un gen de sus madres, hicieron la promesa de no ser como ellas. No querían saber nada de las explosivas relaciones de sus progenitoras, que tan solo les habían traído disgustos.

Habían transcurrido seis años desde entonces y no habían tenido el menor problema. Ninguna de ellas tenía prejuicios contra los hombres. No obstante, no quedaban casi nunca con nadie que no conociesen bien. Y cuando lo hacían, siempre iban acompañadas de un familiar.

A la mañana siguiente, Yancie se fue a trabajar en el Mercedes. Pensó en que tenía que llamar por teléfono a su padrastro. Ya había contratado a una criada. A ella no le apetecía compartir techo con Estalle. Le gustaba más vivir con sus primas. Fennia, a pesar de que había estudiado empresariales, le encantaba el trabajo que había

encontrado cuidando niños. Y Astra, la más estudiosa de las tres trabajaba de asesora financiera.

Yancie metió el coche en el garaje de Addison Kirk y se puso una bata para lavar el coche. Sus compañeros de trabajo ya casi se habían acostumbrado a su presencia. Sin embargo, de vez en cuando hacían algún que otro comentario sobre su físico.

-Estás guapísima con esa bata -comentó uno de ellos.

-¿De verdad? -le respondió.

-Aunque tú siempre lo estás, pongas lo que te pongas -la estaba mirando tan serio que ella se echó a reír. Y él aprovechó la ocasión para invitarla a salir un día.

-Yo nunca mezclo el negocio con el placer -le respondió. Se dio la vuelta y agarró la manguera.

Estaba lavando el coche cuando Wilf Fisher, uno de los mecánicos se acercó a agradecerle el que hubiera tenido la amabilidad de pasarse por casa de su madre para entregarle la cafetera que él le había dado.

-De nada -le respondió ella, a pesar de que había tenido que conducir cincuenta kilómetros después de dejar al señor Clements.

-Si no la hubieras llevado tú, no la habría recibido hasta dentro de una semana -le explicó-. Mi mujer se queja de que mi madre acapara mucho mi atención.

-No te preocupes. Para eso estamos los compañeros, para hacernos favores.

De todas maneras, de no haber tenido que hacer aquel encargo, no habría tenido aquel incidente con el Aston Martin.

A pesar de haberle contado el suceso a Fennie y a Astra, Yancie no había podido pegar ojo aquella noche pensando en ello. Había estado a punto de tener un accidente y lo único que se le había ocurrido había sido echarle la culpa al otro coche del error que ella había cometido. E incluso tuvo la osadía de encararse con el otro conductor.

No sabía por qué le preocupaba tanto aquello, porque era un hombre al que no iba a ver más. Era imposible que se tomara la molestia de averiguar a quién pertenecía el coche, cuando ni siquiera se habían rozado.

Yancie normalmente tenía bastante trabajo los viernes. Pero hasta ese momento nadie le había encargado nada.

Se entretuvo lavando los coches, yendo a por sandwiches y haciendo recados. A eso de las tres le avisaron de que quería verla el jefe.

Nunca antes había llevado a ningún sitio a Thomson Wakefield. Ni siquiera lo conocía. Llevaba tres semanas trabajando allí y estaba empezando a pensar que al señor Wakefield, a pesar de su política de igualdad de derechos con las mujeres, no le gustaba que su coche lo condujera una mujer.

No sabía por qué, pero se imaginaba que Thomson Wakefield era un hombre ya mayor. Seguramente era porque al puesto que ostentaba en la empresa no accedía un hombre joven.

¿Pero por qué se preocupaba tanto? Él había sido el que había solicitado sus servicios. Le hubiera gustado darse una ducha antes de subir a ver a su jefe.

Tampoco importaba mucho. Tenía una camisa limpia en el ropero. Con un poco de desodorante y un poco de maquillaje conseguiría estar presentable.

Lo extraño fue que cuando le preguntó a Kevin que en qué coche tenía que ir, le dijera que no le habían dicho nada al respecto. Lo único que le habían indicado era que fuera a ver al jefe a las cuatro.

-Elegiré yo entonces el coche cuando vuelva -decidió. Si la dejaban a ella decidir, elegiría el Jaguar. Aunque el señor Wakefield seguro que tendría sus preferencias.

Yancie subió a la planta donde estaban los directores de la empresa mientras pensaba dónde tendría que llevar a su jefe. A ella no le importaba hacer horas extra. Si le decía que tenía que llevarlo a Escocia, por ella no había el menor problema. Aunque tendría que decírselo a Astra y a Fennia para que no la esperaran.

Cuando llegó al despacho del jefe llamó a la puerta.

-¿Es usted Yancie Dawkins? -le preguntó la secretaria de Thomson Wakefield.

-Sí -respondió Yancie-. El señor Wakefield me ha llamado.

-Siéntese por favor -replicó Verónica Taylor.

Yancie se sentó y esperó. Y esperó. Dieron las cuatro y cuarto y seguía esperando.

-¿Sabe el señor Wakefield que estoy aquí? -le preguntó a la secretaria.

-Sí, claro -le respondió ella en tono agradable.

Dieron las cuatro y media y seguía esperando. Ojalá hubiera llevado algo para leer. A lo mejor su jefe estaba hablando por teléfono y no podía salir.

Transcurrieron otros diez minutos. Yancie empezó a sentirse cada vez más incómoda. Por muy ocupado que estuviera, bien podría haberle dicho algo. Sería mejor tranquilizarse, porque poniéndose nerviosa no iba a conseguir nada.

Al cabo de otros diez minutos, pensó en decirle a la secretaria que ella se iba al garaje y que la llamara cuando el jefe terminara. Pero justo en ese momento escuchó sonidos al otro lado de la puerta. Parecía que el jefe ya había terminado de hacer lo que estuviera haciendo.

La puerta se abrió. Se quedó boquiabierta. ¡No podía ser! ¡No podía creerse lo que estaba viendo!

El hombre que salía por la puerta no era tan mayor como ella se había imaginado. Era un hombre de unos treinta y pico años. ¡Era el mismo hombre que había estado al volante del Aston Martin!

¡Dios mío! Yancie se lo quedó mirando. No sabía dónde meterse. Aquel hombre la estaba mirando fijamente. No parecía dispuesto a ponerle fácil las cosas. Intentó pensar en un discurso para defenderse. Pero no se le ocurrió nada.

Y pensar que el día anterior había ocultado el logotipo de la empresa bordado en la camisa. Aquel hombre, cuando la vio, había sabido lo que ocultaba debajo del broche que se había puesto. Seguro que había reconocido el coche que ella iba conduciendo.

-¿Señor Wakefield? -le preguntó Yancie, confiando en que aquel hombre no fuera el jefe de Addison Kirk Group.

Él ni se molestó en confirmárselo. Se dirigió a la secretaria y le dijo:

-No me pase llamadas durante cinco minutos, por favor.

Mantuvo la puerta de su despacho abierta para que ella entrara. Yancie se puso en pie, sin saber bien lo que tenía que hacer. Aquel hombre le había dicho que se encargaría de ella más tarde. Yancie no sabía lo que la esperaba. Estuvo a punto de escapar corriendo.

CAPÍTULO 2

YANCIE pasó al despacho de Thomson Wakefield. Era un despacho grande, en el que había los típicos muebles de oficina, además de un cómodo sofá y un par de sillones en torno a una mesa baja de café.

Pensó que la iba a despedir en cuestión de segundos. El hombre la invitó a sentarse en la silla que había frente a la mesa de despacho.

-Supongo que le da igual que me disculpe -le dijo ella muy educadamente al ver que Thomson Wakefield no decía una sola palabra y seguía mirándola como si fuera un bicho raro.

-¿Quiere disculparse? -le preguntó en tono crispado.

-Normalmente no suelo reaccionar como reaccioné ayer -le respondió ella.

-¿Quiere decir que normalmente no está a punto de provocar accidentes y después no quiere aceptar que es culpa suya?

Yancie comprobó en ese momento que aquel hombre era implacable. Era un hombre muy atractivo. Pero sería incluso más atractivo si sonriera un poco más. Pero su rostro permaneció imperturbable.

-Sé que lo que hice no estuvo bien -le respondió en tono de disculpa.

-Conduce usted fatal -le recriminó él.

-No siempre -se atrevió a responderle-. Lo que ocurrió fue que me di cuenta en ese momento de que se me estaba acabando la gasolina.

-Estuve detrás de usted varios kilómetros -le respondió él.

Aquella respuesta la sorprendió. ¿Por qué nadie le había dicho que el jefe tenía un Aston Martin?

-¿Y sabía que yo iba conduciendo un coche de la empresa? -le preguntó.

Thomson Wakefield se quedó mirándola durante unos segundos sin responder.

-Usted es diferente al resto de nuestros conductores -le respondió en tono muy conciso, dejándola que se imaginase lo que había querido decir con sus palabras.

-Imagino que quiere decir que soy la única mujer conductora en este grupo -comentó ella-. Pero supongo que eso ya lo sabe.

-Mi secretaria tardó solo unos segundos en saber qué conductora estaba conduciendo ayer en ese tramo de la autopista.

Aquello se ponía cada vez peor. Al parecer sabía que ella estaba fuera de su ruta. Cruzó los dedos. De todas maneras todavía no la había despedido. Aunque bien podría ser que la estuviera haciendo pasar un mal rato antes de decirle que prescindía de sus servicios.

-Es posible señorita Dawkins que quiera darme su versión de lo que ocurrió ayer.

La verdad era que prefería no aclararle nada.

-Fue usted muy amable y paciente dadas las circunstancias -sonrió.

No sirvió de nada. Él la seguía mirando de forma implacable.

-¿Y bien? -continuó esperando.

-Como ya le he comentado, de repente me di cuenta de que se me estaba acabando la gasolina -silencio. No dijo una palabra. Tenía que continuar hablando-. Y por supuesto con la gasolina que tenía no podía ir a recoger al señor C... -no pudo acabar la frase. En realidad su trabajo consistía en esperar en un punto determinado, no estar conduciendo por la autopista-. Al ver la señal que anunciaba una estación de servicio no me lo pensé dos veces...

-Y solo actuó -comentó Thomson Wakefield.

Yancie empezó a enfadarse. Era increíble, porque ella casi nunca se enfadaba. Aunque después de haber estado esperando cuarenta y cinco minutos para que la recibiera, tenía razones para estar de aquella manera.

¿Merecía la pena aquella situación solo por conservar el trabajo? Sí la merecía.

-Tiene razón -le dijo, poniendo una sonrisa encantadora, que no tuvo efecto alguno en él-. No tenía que haber invadido su carril de

la forma que lo hice -se disculpó-. No presté atención. Le prometo que no volverá a ocurrir nunca más -le prometió.

Thomson Wakefield permaneció en silencio durante lo que pareció una eternidad.

-Por tanto reconoce que fue culpa suya lo que sucedió ayer, y no mía.

-Ya le he dicho que toda la culpa fue mía -le respondió, esa vez sin sonreír. Porque al parecer de nada servía en aquel hombre.

-Veo que hoy no ha tratado de ocultar su identidad.

Al parecer se había dado cuenta de que había tratado de ocultar el logotipo de la empresa con el broche que llevaba puesto el día del suceso.

-Tenía la tarjeta en la chaqueta -le respondió-. Y la chaqueta la había dejado en el asiento de al lado del conductor -le explicó.

Pensó que iba a regañarle por haber tratado de ocultar el logotipo de la empresa. Pero no lo hizo.

-Usted lleva trabajando con nosotros poco tiempo -le dijo mirándola con tono frío y directo-. ¿Le gusta su trabajo señorita Dawkins?

-Me encanta -le respondió sonriendo.

Vio que él trasladaba su mirada de sus ojos a su boca, pero su actitud no cambió en lo más mínimo.

-Y supongo que quiere conservar su puesto.

Parecía que le estaba dando alguna posibilidad de seguir en el trabajo.

-Por supuesto -le aseguró ella con sinceridad.

-¿Por qué?

-Yo no había trabajado nunca hasta ahora -empezó a explicarle, sabiendo con seguridad que él había leído la solicitud de empleo que entregó cuando entró a trabajar en su empresa-. Y me encanta el trabajo que hago -sonrió. Le encantaba la libertad que le daba utilizar un coche. Estuvo a punto de decirle que era buena conductora. Pero prefirió callarse, en vista de las circunstancias por las que la había llamado.

-¿Se da cuenta de que mientras lleve ese uniforme y lleve un coche que pertenece a esta empresa, usted es una especie de embajadora de Addison Kirk?

-Sí, claro -le respondió. Estaba dispuesta a reconocer lo que él le

dijera con tal de conservar su puesto de trabajo.

-¿Y se da cuenta de que si comete cualquier imprudencia en la carretera da mala imagen a la compañía?

Bajó los ojos. Estaba tan irritada que era mejor que no viera su mirada. Tragó saliva.

-Sí me doy cuenta -le respondió. Levantó la mirada y vio que durante unos segundos aquel hombre tan serio había incluso esbozado una sonrisa.

Pero al momento siguiente adoptó la misma expresión seria que había mantenido durante toda la entrevista.

-Muy bien -dijo. Yancie se sintió más aliviada, porque entendió que le estaba dando una segunda oportunidad. Por eso la sorprendió el que de forma imprevisible él le preguntara-. ¿Y qué hacía usted en esa autopista ayer?

-Bueno... pues... yo pago la gasolina que utilizo para ir con el coche a resolver asuntos personales -le respondió.

Thomson Wakefield la miró como si esperara que le aclarara un poco más su respuesta. Pero Yancie no sabía qué más decirle.

-Muy justo por su parte señorita Dawkins, pagar la gasolina que consume -comentó-. Pero, ¿cómo logra cuadrar el kilometraje?

No sabía qué contestarle. No podía contarle las mentiras que había tenido que inventar para justificar los kilómetros que hacía de más, como por ejemplo que el pasajero le había dicho que le llevara a ver a un familiar o a algún amigo. Y como a todos los que llevaba eran altos ejecutivos, nadie cuestionaba que esas personas necesitaran hacer kilómetros extra.

-Estoy esperando su respuesta.

Yancie se lo quedó mirando. Si por lo menos sonriera un poco. Parpadeó. La mente se le había quedado en blanco.

-No sé qué responderle -logró decir al cabo de un rato.

-Lo único que tiene que decirme es por qué estaba en un sitio en el que no debía estar.

Aquel hombre parecía estar disfrutando poniéndola entre la espada y la pared. Pero ella no. Si hubiera sido solo responsabilidad suya, de buena gana se lo hubiera dicho. Pero el problema era que había más gente implicada. Como por ejemplo Wilf, el responsable del departamento de transporte, que tenía esposa y cuatro hijos. Ella siempre podría buscarse otro trabajo si la echaban. Pero el caso

de Wilf era distinto.

-¿No me va a responder nada?

-No sé... -murmuró.

Thomson Wakefield parecía esperar otra respuesta. Se apoyó en su silla, la miró y le preguntó otra vez:

-¿Está usted interesada en conservar su puesto de trabajo?

Yancie sintió como si le acabaran de dar un puñetazo en el estómago.

-Por supuesto -le respondió-. Necesito este trabajo -añadió tratando de ser lo más convincente que pudo.

-¿Tiene usted familiares a su cargo? ¿Tiene hijos?

-No estoy casada. -Eso no le impide tener familia. Incluso se permitía ser sarcástico. -Ya lo sé -le respondió intentando mantener la calma. Si la seguía mirando de la forma en que la estaba mirando no sabía qué iba a hacer. Estuvo a punto de sonrojarse. Era una situación embarazosa tener que confesarle a un desconocido que no había tenido relaciones con nadie.

Thomson Wakefield, al cabo de unos segundos, viendo su estado de confusión, pareció decidir que ya había gastado demasiado tiempo en aquel asunto. Se miró el reloj y se levantó. Yancie hizo lo mismo.

-Puede seguir en su puesto de trabajo señorita Dawkins -le dijo en tono frío.

-Muchas gracias...

-Pero...

Tendría que haberse imaginado que habría algún pero.

-Pero la suspendo de empleo y sueldo hasta que me diga qué hacía en aquella autopista.

Justo en ese momento, Yancie estuvo a punto de decirle qué podía hacer con su puesto de trabajo. Pero prefirió callarse. Lo miró con la misma actitud fría que él la estaba mirando mientras se dirigía a la puerta.

-Me voy. No hace falta que me acompañe.

Hasta el sábado por la mañana no se pudo quitar de la cabeza aquella conversación con Thomson Wakefield. ¡La había suspendido de empleo y sueldo! Bien podría haberla despedido. No podía implicar a Wilf en todo aquello. No tenía sentido que los despidieran a los dos.

Tenía que conservar el puesto de trabajo como fuera. No quería tocar el dinero que su padrastro le ingresaba todos los meses en su cuenta. Y aunque no pagara nada de renta por el alojamiento, tenía que pagarse su manutención y otros gastos personales.

Llegó el lunes, y Yancie se había leído todos los anuncios con ofertas de empleo que había en el periódico. No había muchos para mujeres con poca experiencia como ella.

Aunque no llevaba mucho tiempo trabajando en Addison Kirk Group, se había acostumbrado a sus compañeros.

Cuando salió de la entrevista se fue al garaje. Todos los demás conductores se habían ido y tan sólo estaba Kevin Veasey.

-¿Todo bien? -le preguntó acercándose a ella.

-Me han suspendido de empleo y sueldo...

-¿Por qué?

-¿Es que no lo sabes? -le preguntó. Al parecer el gran jefe no le había comunicado al responsable de los conductores su decisión.

-No tengo ni idea -le respondió Kevin-. Lo único que me dijeron fue que no te asignara ningún trabajo hoy y que fueras a ver al señor Wakefield a las cuatro, pero...

-Es una larga historia -le respondió Yancie con mucha tranquilidad.

-¿No quieres contármela?

-Prefiero irme a casa.

-Llámame.

Le prometió que lo haría, aunque no sabía para qué. No creía que Thomson Wakefield se ablandara y le levantara su castigo.

El martes por la mañana amaneció frío y desapacible. Yancie prefirió achacar su tristeza a las condiciones climatológicas. Se entretuvo preparando la comida para sus primas y para ella. En la mesa todas ellas mantuvieron una conversación muy animada. En un momento determinado, Astra se levantó y dijo que se iba a estudiar a su cuarto.

-Yo también me voy a intentar hacer las paces con mi madre -comentó Fennia.

-Entonces me toca a mí lavar los platos -comentó Yancie. Todas se echaron a reír.

-Que tengas suerte con tu madre -comentaron Yancie y Astra al mismo tiempo.

-La necesitaré.

Yancie estaba en la cocina cuando, diez minutos más tarde, el teléfono sonó. Para que Astra no se desconcentrara, se fue rápidamente a responder.

-Hola, Yancie Dawkins -saludó su primo Greville en tono alegre al reconocer su voz-. ¿Qué tal tu trabajo?

No sabía si contarle a su primo lo que había ocurrido. Prefirió ocultárselo por el momento.

-Muy bien -le respondió mostrando mucho entusiasmo-. ¿Y tú qué tal? ¿Sigues enamorándote y dejando a tus amores al poco tiempo? -Greville llevaba divorciado unos cuantos años. Salía con bastante chicas, pero con ninguna de ellas quería establecer una relación definitiva.

-Qué mala eres.

Se echó a reír.

-¿Quieres hablar con Astra? Fennia no está.

-No, llamaba porque voy a dar una fiesta el sábado y quería invitaros.

-Pues allí estaremos -respondió Yancie por las tres. Las fiestas que hacía Greville eran muy divertidas.

Estuvieron hablando durante un rato. En cuando Yancie colgó el teléfono se sintió culpable por no haberle contado a su primo lo que le había sucedido en el trabajo.

Fennia regresó a casa un poco deprimida también. Yancie le contó que Greville había llamado para invitarlas a una fiesta, para ver si así se animaba un poco.

-¿Se lo contaste? -le preguntó su prima.

-¿El qué, que me habían suspendido de empleo y sueldo? No podía.

Astra salió de su cuarto. Fennia dijo que iba a hacer café, pero Astra insistió en hacerlo ella.

Las tres se fueron a la cocina.

-Greville va a celebrar una fiesta el sábado. Nos ha invitado -le dijo Yancie.

-¿Le constaste lo de tu trabajo?

-No pude -le respondió Yancie a su prima.

Aquella noche no pudo conciliar bien el sueño, pensando en que se lo tenía que haber contado todo a Greville, después de lo que

había hecho por ella.

A la mañana siguiente Yancie decidió ir a ver a su padrastro. Como no tenía coche, tuvo que utilizar el transporte público. Para llegar, tuvo que tomar el metro, autobús y el tren. Le contó a su padrastro lo que le había ocurrido en el trabajo y él le dijo que no se preocupara y que se fuera de nuevo a vivir a casa, que ya se encargaría él de comprarle un coche si quería. Pero Yancie no podía aceptar su oferta.

-Eres un cielo -le dijo dándole un abrazo-. Pero no puedo aceptar.

-¿Ni siquiera para hacerme feliz?

-No me digas eso, por favor -suplicó ella.

-Lo siento -se disculpó él-. Jamás pensé que sería capaz de utilizar el chantaje emocional. Por cierto, tu madre llamó hace unos días para hablar contigo.

-¿No le dirías que estaba trabajando?

-¿Cómo piensas que se me podía ocurrir contárselo? -le preguntó-. No, le dije que seguías viviendo aquí -se quedó pensativo durante unos segundos-. ¿La has visto últimamente?

-Hace una semana que no la veo -respondió Yancie.

-¿Y qué le digo si viene a buscarte?

Yancie conocía perfectamente a su madre y sabía que esa posibilidad era remota.

-Ya iré a verla -decidió.

-Ya que tienes el día libre, podías ir hoy mismo -le propuso Ralph Proctor-. Llévate mi coche si quieres.

Yancie lo miró y sonrió.

-Se ve que tienes miedo de que llame.

-Solo Dios sabe cómo tuve el valor de pedirle que se casara conmigo. Ni tampoco sé cómo me atreví a proponerle que te quedaras a vivir conmigo, cuando nos separamos.

-Pues porque lo tienes cuando es necesario -le respondió Yancie.

Se quedó a comer con él. El ama de llaves que tenía parecía una mujer muy agradable. Cuando terminaron, Yancie tomó el coche de su padrastro y se fue a visitar a su madre, que vivía a unos quince kilómetros de distancia.

-¿Cómo no me has llamado diciendo que venías? -le recriminó Úrsula Proctor. La madre de Yancie tenía cincuenta y dos años, pero

podría haber pasado por una mujer con diez años menos. Era muy guapa-. No podré estar más de quince minutos contigo. He quedado con Henry. Tendrías que haberme llamado. Yo no puedo quedarme aquí de brazos cruzados esperando a que a ti se te ocurra llamar.

Después de devolverle el coche a su padre, Yancie volvió al apartamento de Astra. Se arrepintió de haber salido de allí aquel día. Su madre no se había alegrado mucho al verla. Pero su padrastro sí. Incluso le había dicho que se fuera otra vez a vivir con él. Pero no podía. Ni tampoco quería tocar el dinero que le ingresaba todos los meses en el banco. No podía tocar un solo céntimo de aquel dinero, después de lo que le había dicho Estelle.

Tenía que ganar su propio dinero. El único problema era que no tenía trabajo. Ni encontró ninguno en las páginas de los periódicos. Todo se le complicaba. Se sintió culpable por haber perdido el empleo, después de todas las molestias que se había tomado Greville para conseguírselo.

Lo mejor que podía hacer era tratar de recuperarlo. Aunque solo fuera por Greville. No se merecía aquello.

Además, necesitaba aquel trabajo. Estaba bien pagado. Ojalá se le ocurriera alguna disculpa para justificar el haber estado a cincuenta kilómetros de donde debía estar.

Durante la cena, Fennia y Astra se interesaron por lo que había hecho durante todo aquel día. Yancie les contó que había ido a visitar a su padrastro. Al enterarse de que Fennia había discutido con su madre prefirió cambiar de conversación.

-¿Y tú qué tal? -le preguntó a su prima-. ¿Qué tal en el colegio infantil?

Fennia le contó que habían tenido casi una desgracia con uno de los más pequeños, porque había perdido un elefante del que nunca se separaba.

-Pobrecillo. No había quien pudiera consolarlo. Nunca se va a dormir sin ese elefante.

-¿Lo encontrasteis?

La sonrisa de Fennia lo dijo todo.

-Yo estaba casi a punto de llorar cuando a Kate se le ocurrió mirar en una de las mochilas de uno de los más revoltosos.

-¿Y estaba allí?

-Se lo había quitado. Él tenía uno, pero le gustaba también aquel

elefante.

A la mañana siguiente, Yancie se levantó y se despidió de sus dos primas cuando se fueron a trabajar. Trató de quitarse de la cabeza la idea que le había estado rondando durante toda la noche. Levantó el teléfono y marcó el número de Addison Kirk.

-¿Verónica Taylor, por favor? -solicitó cuando respondieron. A los pocos segundos escuchaba la voz de la secretaria de Thomson Wakefield.

-Hola -saludó Yancie muy alegre, consciente todo el tiempo de que Verónica sabía que había sido suspendida de empleo y sueldo-. Soy Yancie Dawkins. Quisiera hablar con el señor Wakefield, por favor.

-Creo que va a ser imposible.

¡Maldita sea! Era muy importante poder hablar con aquel hombre justo en esos momentos.

-¿Puede decirle que me llame, por favor? -le preguntó Yancie. Se produjo un silencio al otro extremo de la línea. Parecía que la secretaria le estuviera indicando que un hombre tan importante como el jefe de Addison Kirk no podía perder el tiempo llamando a una conductora. Aquello la puso furiosa. ¿Quién se creía que era? ¡Nadie antes la había tratado de esa manera!-. Si no puede llamarme, puedo ir yo a verlo esta tarde -le sugirió de forma magnánima. Aunque como iba a contarle una mentira, prefería hacerlo por teléfono.

-Creo que el señor Wakefield estará todo el día ocupado. Espere un momento por favor -Yancie se quedó a la escucha. Pasaron los minutos-. Si quiere puede venir mañana al medio día. El señor Wakefield me ha dicho que podrá recibirla.

-¿Cree que voy a tener que esperar cuando llegue allí? -se lo preguntó por si se tenía que llevar el bocadillo.

-El señor Wakefield es un hombre muy ocupado -le respondió Verónica Wakefield en tono muy agradable.

¿Y por qué entonces no se ponía al teléfono? Era ridículo que tuviera que ir y esperar a que él decidiera atenderla, como ocurrió la última vez. Estaba en su despacho. Tampoco le iba a llevar mucho tiempo dejarle contar las mentiras que le tenía que contar. No obstante, recordó que lo que quería era recuperar su puesto de trabajo. Le daba igual lo que tuviera que hacer para conseguirlo.

-Está bien, estaré allí mañana al medio día -le dijo en tono educado. Una vez más se dio cuenta de que Thomson Wakefield había logrado ponerla furiosa.

Cuando logró calmarse un poco se puso a pensar en la entrevista que iba a tener al día siguiente. Su vida dependía de aquella entrevista. Era cierto que había cometido un error, pero estaba dispuesta a no cometer uno más, si Thomson Wakefield le daba la oportunidad. ¿Qué tendría que ponerse para la entrevista?

Tenía el armario lleno de vestidos. No sabía por qué, pero quería estar lo más guapa posible cuando fuera a visitar a su jefe. Decidió ponerse el uniforme.

A la mañana siguiente, a eso de las once, Yancie se puso el uniforme y se fue a ver a su jefe. Pensó incluso en ponerse su tarjeta de identificación, pero lo descartó, pensando que ya la conocían.

Entró en la zona donde estaba la secretaria. Verónica Taylor entró en el despacho de su jefe para decirle que Yancie Dawkins estaba esperando.

Pensando en que el gran jefe iba a tardar tiempo en recibirla, se sentó a leer una revista. Pero a los dos minutos la secretaria le dijo que podía entrar a verlo.

Yancie se arrepintió de no haber estado ensayando durante aquel tiempo lo que le iba a decir. Se colgó el bolso al hombro y se dirigió al despacho de Thomson Wakefield.

Su jefe llevaba un traje oscuro y camisa de rayas. Se levantó y le indicó que se sentara en la misma silla que había ocupado una semana antes. Se fijó en que era un hombre alto y muy atractivo.

-Buenos días -saludó, para romper el silencio que al parecer aquel hombre tan callado pretendía imponer-. O mejor, buenas tardes -corrigió. Ni siquiera sonrió. Aquello era desesperante-. Gracias por recibirme.

Se sentó. No sabía cómo empezar. Si no hubiera sido porque necesitaba aquel trabajo, habría salido corriendo de allí en aquel mismo instante.

Lo miró otra vez. Él le devolvió la mirada. Permaneció en silencio. A los pocos minutos, él le dijo:

-Usted es la que quería verme.

La pelota estaba en su tejado. Suspiró. Aquel hombre la ponía nerviosa.

-Quisiera volver a trabajar -le dijo de sopetón-. Por favor-añadió al cabo de unos segundos.

-¿Por qué tengo que devolverle a su puesto de trabajo?

-Porque lo necesito -le respondió. Parecía que no era la respuesta que él esperaba. Antes de empezar a contarle todas las mentiras que tenía preparadas, sonrió. Pero su sonrisa no tuvo efecto alguno en él-. Bueno, parece que quiere saber qué es lo que estaba haciendo en aquella autopista el jueves.

El se quedó observándola sin abrir la boca. Se limitó a mirarse el reloj, como indicándola que no tenía todo el día para ella.

-Más o menos -le sugirió, en tono un poco sarcástico.

-La verdad, no sé por qué no se lo he contado desde el principio -mintió—. Sé que cometí un fallo, y no tengo justificación alguna. Iba a ver a mi hermana.

-¿Su hermana?

Podría haberle dicho que iba a ver a su prima, porque las tenía. Pero no tenía hermanas. Pero prefirió inventarse lo de su hermana, porque no quería que la relacionaran con su primo.

-Mi hermana había venido a pasar unos días conmigo, junto a su hija Miranda -le dijo Yancie, sintiéndose incómoda contándole todas aquellas mentiras. Pero no estaba dispuesta a contar la verdad y comprometer a Wilf-. Mi sobrina tiene un león de peluche del que está muy encariñado. El jueves por la mañana mi hermana me llamó para decirme que se les había olvidado en casa su peluche. Ya sabe cómo son los niños -le dijo sonriendo. Thomson Wakefield permaneció imperturbable.

-No tengo hijos.

-Estoy segura de que su esposa...

-Si tuviera esposa, señorita Dawkins, estoy seguro de que lo sabría. Pero no tengo.

-¡Oh!

Yancie lo miró con otros ojos. No entendía por qué un hombre tan atractivo como él no estaba casado. Seguro que era porque nunca sonreía.

-¿Es que le extraña?

-No, no, por supuesto. Como le estaba diciendo, Miranda es incapaz de dormir sin ese peluche y le dije a mi hermana que yo se lo llevaría.

Sus ojos grises la miraban de forma fría. Ella sin embargo cada vez sentía más calor en su cuerpo. ¿Se habría creído lo que le había contado?

Yancie se mantuvo a la espera casi sin atreverse a respirar.

-Así que decidió ir a llevarle usted el león personalmente.

-Ya sé que no tenía que haberlo hecho. Y le prometo que no volverá a ocurrir -le dijo-. Pero era una emergencia y Cassandra, quiero decir Miranda, se calmó nada más verlo.

-Y por eso todos tenemos que estar agradecidos -comentó Thomson Wakefield. Era un hombre muy sarcástico. Yancie prefirió no contarle más cosas, para no meter más la pata. Mentir no era tan fácil como ella se había imaginado. Al cabo de unos segundos, su jefe se apoyó en el respaldo de la silla.

-¿Y piensa que con lo que me ha dicho debo admitirla de nuevo?

-No me importaría -le respondió.

-Muy bien -le dijo. Parecía que la iba a readmitir, pero prefirió esperar antes de hacerse más ilusiones.

-¿Quiere decir que me readmite?

-Por ahora sí -le confirmó-. Pero después de hablar con Kevin Veasey, váyase a casa.

Yancie se lo quedó mirando. No entendía nada.

-¿Me readmite y me envía a casa? No lo entiendo.

-Mañana tiene que venir a trabajar -le informó-. ¿Puede hacerlo?

Era sábado, pero a ella le daba igual.

-Sí, por supuesto.

-Muy bien.

-Espero que Kevin me diga a quién tengo que llevar y a dónde -comentó sintiéndose cada vez más alegre por haber conseguido otra vez su puesto.

Pero antes de poder agradecerle a Thomson Wakefield el que la dejara continuar en la empresa, antes de levantarse y salir de su despacho, su jefe le respondió aquella pregunta personalmente.

-Me va a llevar a mí.

Yancie se lo quedó mirando y se sonrojó, aunque no sabía a qué se debía aquella respuesta.

-¿A usted? -le preguntó extrañada. No sabía por qué le pedía aquello, cuando él iba a todas partes en su Aston Martin.

-Aunque le pueda resultar extraño -le respondió-. Hay veces que

me llevan en coche a alguna reunión.

¿Reuniones un sábado? Era un poco raro. Aunque bien pensado, no se podía llegar a ningún sitio si los responsables de las grandes empresas como Addison Park terminaban su semana los viernes al medio día.

-Claro, por supuesto -no iba a empezar a discutir con él, después de haberla readmitido en su puesto de trabajo-. ¿Y puede por favor decirme cuándo cree que va a terminar la reunión? -le preguntó con mucho tacto-. Ya sé que eso nunca se sabe. Pero supongo que llegaré a tiempo de ir a casa de Gr..., a la fiesta que me han invitado mañana por la noche.

Yancie empezó a sentir sudores. Casi se le había escapado el nombre de su primo, a pesar de que sabía que había más de un Greville trabajando en aquella empresa.

Thomson Wakefield pareció sonreír otra vez.

-Me temo que no va a poder ir a esa fiesta mañana -le dijo.

Yancie abrió los ojos.

-¿Por qué?

-¿No le dijeron cuando la entrevistaron para este trabajo que a veces tendría que pasar la noche fuera de casa?

Yancie se lo quedó mirando boquiabierta. Iba a tener que pasar la noche fuera de casa con la persona que menos le apetecía estar.

-S... sí-tartamudeó.

-¿Todavía le interesa su puesto de trabajo?

La actitud que mantenía con ella era odiosa.

-Por supuesto -volvió a sacar sus dotes de actuación y sonrió-. No hay problema. ¿Puede decirme dónde vamos a ir? Me gustaría estudiar la ruta.

Thomson Wakefield se puso en pie. La entrevista había terminado.

-La señora Taylor se lo dirá.

Yancie se levantó también.

-Supongo entonces que ella se encargará de buscarme alojamiento.

La acompañó hasta la puerta.

-Así es.

Quiso agradecerle el que la hubiera readmitido, pero él no le dio tiempo. Pensó que aquel hombre lo que quería era comprobar él

personalmente sus cualidades como conductora. Si no lograba pasar la prueba, seguro que la despediría de nuevo.

Sería mejor esperar a ver qué ocurría, antes de darle las gracias.

CAPÍTULO 3

A la mañana siguiente, Yancie se levantó muy temprano. Tenía que recoger a su pasajero a las ocho en punto. No podía llegar tarde. Thomson Wakefield estaba poniéndola a prueba. Estaba dispuesta a llegar a su hora, ser correcta, cortés y no cometer ningún fallo conduciendo.

Por suerte, sus primas también eran muy madrugadoras. Astra había quedado también con un cliente y le dijo que ella la llevaba a Addison Kirk donde tenía que recoger el Jaguar para llevar a su jefe. Después tomaría la autopista hasta Leeds, que era donde se iba a celebrar la conferencia.

-Es una pena que no puedas ir a la fiesta de Greville esta noche -comentó Astra, sabiendo que Yancie lo había llamado por teléfono para decirle que no iba a poder ir por cuestiones de trabajo.

-Ya sabes que en estos momentos para mí lo más importante es el trabajo -respondió Yancie-. ¿Tú nunca te cansas?

-Hasta ahora no -le respondió Astra. Durante el trayecto estuvieron hablando de trabajo y del viaje que iba a hacer Yancie. Astra de pronto se acordó de un amigo que tenían en común-. ¿No vive Charli Merrett por allí?

-¡Es cierto! -respondió Yancie-. Le gustó tanto el sitio que se quedó a vivir allí cuando terminó en la universidad -Charlie y las tres primas habían estudiado enfermería. Charlie era un chico tímido y apocado. Las tres primas, al verlo tan desvalido, habían sido como madres para él. De vez en cuando se llamaban por teléfono.

-Que te diviertas en la fiesta -le dijo Yancie cuando se bajó del coche.

-Y tú demuéstrale lo que vales -sonrió Astra. Su prima le había

contado que si no demostraba sus cualidades ese día, se podía despedir de su trabajo.

El Jaguar era un coche que le encantaba. Un coche negro, muy elegante y fácil de conducir.

Thomson Wakefield vivía a una hora de la oficina. Yancie se puso el uniforme y aproximadamente a las siete y media inició el trayecto hacia la elegante casa rural en la que vivía su jefe.

Como todavía era temprano, Yancie esperó en el coche los minutos que quedaban hasta que dieran las ocho. Habían transcurrido solo unos minutos cuando la puerta de la casa se abrió y por ella salió Thomson Wakefield. Iba vestido de forma impecable.

Yancie salió del coche y lo saludó.

-Entre por favor en casa. No puede quedarse esperando ahí fuera media hora con el frío que hace.

Después de todo, parecía que tenía sentimientos. Estuvo a punto de responderle que en el coche estaba cómoda, pero prefirió callarse.

-Entre y dígale a mi ama de llaves que le sirva un café -le dijo, cuando Yancie estaba en el vestíbulo.

La verdad, no le apetecía tomar café. Estuvo a punto de decírselo, pero prefirió aceptar su invitación porque se la tomó más como una orden.

Entró en una habitación que parecía un estudio y se quedó esperando allí.

Yancie estaba mirando por la ventana, observando la paz y la tranquilidad del campo, cuando Thomson Wakefield entró con un maletín bajo el brazo y una bolsa de viaje en la otra.

Se dio la vuelta cuando lo oyó entrar.

-Es un sitio precioso -dijo sin pensar lo que estaba diciendo. Lo miró y por unos segundos hubiera jurado que su jefe esbozó una sonrisa.

-Será mejor que nos vayamos -le respondió.

Salieron juntos por la puerta. Cuando llegaron al coche, él abrió el maletero y colocó su lujosa bolsa de viaje junto a la de ella.

Yancie le abrió la puerta del coche. Después cerró el maletero. Su jefe entró en el coche. Yancie cerró la puerta y se sentó en su asiento.

Condujo con mucha precaución. Cuando llevaba a otros pasajeros, Yancie casi nunca era consciente de su presencia. Algo que no pudo hacer teniendo a Thomson Wakefield en el asiento de atrás.

Yancie miró por el espejo retrovisor, no a la carretera, sino a él. Sus miradas se encontraron. El corazón le dio un vuelco. Retiró inmediatamente la mirada.

-¿Quiere que ponga la calefacción? -le preguntó, solo por decir algo.

-No -respondió él.

Yancie continuó conduciendo. Al cabo de un rato, cuando volvió a mirar por el espejo retrovisor de nuevo, se dio cuenta de que su jefe se había olvidado de ella y estaba leyendo unos documentos de trabajo. Al parecer se sentía cómodo con su forma de conducir. Yancie se mantuvo atenta a la carretera, que estaba mojada, pero se sintió un poco más relajada.

Hora y media más tarde, su jefe seguía trabajando. Durante todo ese tiempo estuvo leyendo informes, escribiendo notas, haciendo llamadas por teléfono o dictando un texto para que Veronica Taylor lo pasara a máquina más tarde. ¿No descansaba nunca aquel hombre?

-Pare por favor en la próxima estación de servicio -le dijo su jefe. Al principio pensó que estaba dictando una carta.

Cuando llegaron a la estación de servicio, Yancie permaneció en el coche. Thomson Wakefield se acercó a su puerta y la abrió.

-No quiero... -empezó a decir ella.

Se quedó con la boca abierta cuando él le dijo:

-Tiene que descansar de vez en cuando -al parecer había parado por ella.

-Gracias -murmuró. Salió del coche y se quedó de pie, porque él le bloqueaba el camino.

-Quítese la tarjeta de identificación -le ordenó.

Yancie parpadeó. A ella le habían dicho que aquella tarjeta tenía que llevarla puesta fuera donde fuera.

-¿La tarjeta? -le preguntó casi sin creérselo.

-Quítesela -repitió él en tono muy paciente-. Ya sé que está haciendo lo que le ordenan, pero tengo la impresión de que no le gusta que la gente se entere de que usted es Yancie Dawkins y que

trabaja en Addison Kirk.

-Bueno, no es que no me guste. Pero prefiero que se enteren después de habernos presentado -le respondió sonriendo, sonrisa a la que él no respondió.

Al cabo de unos quince minutos de descanso, Yancie volvió a meterse en el coche. Intentó achacar a los nervios la sensación que tuvo cuando sus miradas se encontraron. Para ella era muy importante demostrarle que era una buena conductora.

Le dijo que se dirigiera directamente al centro de conferencias. Cuando llegaron, él se bajó del coche y ella también.

-Voy a estar unas cuantas horas aquí -le dijo. Ella pensó que tendría que matar el tiempo de alguna manera mientras lo esperaba-. Aquí tiene el nombre y dirección del hotel donde nos vamos a hospedar. Si no le importa, suba la bolsa a mi habitación. Después vaya a comer. Venga a recogerme a las cinco y media.

Por fortuna no tenía que quedarse a esperarlo. Le dejaba tiempo libre. ¿Sería por lo bien que había conducido? Yancie sonrió.

-Que se lo pase bien en la conferencia -le dijo, sin saber si los conductores tenían que decirles a sus jefes ese tipo de cosas.

El hotel, cuando lo encontró, era grande, caro y muy bonito. Para su sorpresa, descubrió que Veronica Taylor le había reservado a ella una habitación similar a la de su jefe. Lo descubrió porque subió con el botones a dejar la bolsa de él en la habitación.

Sintió hambre y se fue al restaurante. Su jefe seguro que comería en el centro de conferencias. De vuelta en su habitación se dedicó a deshacer la maleta, colgar los vestidos que se había llevado, los pantalones y la camisa. Nunca antes había tenido que salir de viaje a llevar a nadie. Pero no pensaba que tuviera que estar todo el tiempo de uniforme.

Se lavó la cara y se cepilló el pelo. Prefirió no cambiarse de camisa por si lo tenía que llevar a algún sitio esa misma noche. Era muy posible que los jefes mantuvieran reuniones incluso los sábados por la noche.

Yancie salió con tiempo suficiente para llegar al centro de conferencias. A lo mejor habían terminado antes.

Cuando llegó no vio a nadie y se dedicó a dar vueltas por el sitio. Llegó hasta unas puertas. Las abrió y se encontró de pronto en un salón de reuniones abarrotado. Aparte del hombre que estaba

hablando en el estrado, todos los demás permanecían en absoluto silencio. Y el hombre que estaba dando la conferencia no era otro que su jefe, Thomson Wakefield.

No quiso hacer ningún ruido para que no la miraran y se sentó en una de las butacas de la parte de atrás. Aquel hombre tenía una voz preciosa. De repente y sin saber por qué se sintió orgullosa de él.

Aquello era absurdo, pero eso era lo que sentía. Se quedó escuchándolo. Era un hombre que hechizaba. No era extraño que estuviera al frente de Addison Kirk. De pronto la gente empezó a aplaudir y después alguien clausuró la conferencia.

Cuando la gente empezó a levantarse, ella hizo lo mismo. Fue la primera en salir y cuando su jefe salió del edificio, ella ya lo estaba esperando detrás del volante. No iba solo. Iba conversando con otros hombres. Estrechando manos mientras se dirigía hacia el coche.

Era un día húmedo y frío. Se quedó pensando si tendría que salir y abrirle la puerta, pero decidió que ya era mayorcito como para hacerlo por sí mismo.

Entró en el coche. No sabía si la había visto entrar en la sala de conferencias, porque no hizo comentario alguno.

-¿Quiere que le lleve al hotel?

Su jefe asintió. Podría ser un magnífico orador, pero a ella casi ni le dirigía la palabra. Miró de nuevo al espejo retrovisor y vio que la estaba mirando. Sus miradas se encontraron y Yancie le dijo sin pensárselo:

-Ha dado un buen discurso.

Abrió los ojos, no porque le sorprendiera el que ella hubiera estado en la sala, sino porque lo hubiera mencionado.

-¿Sabe algo de ergonomía? -le preguntó en tono frío.

-Es la primera vez que oigo esa palabra -le respondió Yancie sonriendo. El siguió muy serio. Yancie se estaba hartando un poco de tanta seriedad-. A lo mejor es por eso por lo que me ha impresionado -añadió.

-Concéntrese en el volante -le dijo. Yancie se preguntó si alguna vez se iba a acostumbrar a que le dieran órdenes.

Muchas personas adoptaban una actitud servil en sus trabajos, pero ella tenía verdaderas dificultades para recordar que era

conductora y por tanto no podía tratar a sus jefes como a un igual. Thomson Wakefield era el jefe supremo y ella una simple conductora. Sería mejor tener eso siempre en cuenta.

Yancie pensó que él no diría una sola palabra más hasta que llegaran al hotel. Pero se confundió. En un momento determinado, cuando estaban cerca del hotel, el teléfono sonó. Dejó que su jefe respondiera. Evidentemente la llamada era para él. Era lógico, porque ninguno de sus conocidos sabía ese número de teléfono.

O por lo menos eso era lo que ella pensaba. Por eso su sorpresa fue mayúscula cuando él le dijo:

-Es para usted.

-¿Para mí? -le dijo extrañada, apartando una mano del volante para agarrar el auricular.

-¡Aparque a un lado! -le ordenó.

Yancie obedeció y detuvo el coche. Tenía que ser Kevin Veasey. Estaba trabajando ese día. A lo mejor le iba a asignar un trabajo urgente para el día siguiente y quería avisarla con tiempo.

-¿Hola? -respondió cuando detuvo el coche. No era Kevin Veasey.

-¿Quién era ese hombre? -le preguntó su madre.

-¿Qué ocurre? -Yacie le devolvió la pregunta. No se imaginaba cómo su madre podría haber conseguido ese teléfono.

Pero debería conocerla.

-No ocurre nada -le respondió-. ¿Quién es el que ha respondido al teléfono? -le volvió a preguntar.

-Nadie que tú conozcas -logró decir Yancie. Por suerte le estaba dando la espalda a su jefe, porque estaba roja de vergüenza.

-¿Es que estás saliendo con alguien?

-¡Mamá!

-No sé lo que te pasa hija. Cuando yo tenía tu edad tenía a un montón de chicos rondándome. Tú eres guapa. No sé por qué...

-Mamá, ahora estoy ocupada...

-He pasado el día tratando de localizarte y ahora no tienes tiempo para hablar conmigo -le dijo su madre dando un suspiro-. Será mejor que vengas a verme. Te espero esta noche a las...

-No podré ir esta noche.

-¿Y por qué no?

Iba a ser imposible quitarse a su madre de encima. Y lo peor era

que su jefe estaba oyendo toda la conversación.

-Es que no voy a estar en casa este fin de semana.

-¿Has pasado ya algún fin de semana con otro hombre?

-Te llamaré más tarde... -le dijo Yancie.

-Seguro que no me llamas. Ralph me ha dicho que ibas a estar todo el día fuera. Pero cuando llamé a Delia para contarle las noticias, Greville respondió el teléfono y le dije que no podía localizarte -pobre Greville. Seguro que su madre lo había estado interrogando hasta agotarlo. Seguro que para quitársela de encima cuanto antes habría sido él el que le había dado el teléfono de su trabajo.

-¿Qué quieres contarme? -le preguntó Yancie, al ver los suspiros que daba su madre.

-¡Me voy a casar otra vez! -anunció-. Y quería que fueras tú la primera en saberlo.

-Oh, lo siento -se disculpó Yancie.

-Habría preferido que me felicitaras -respondió su madre.

-Perdona, no me he expresado bien. Claro que me alegro.

-Entonces, te espero mañana y te presentaré a Henry -le dijo su madre y colgó. Yancie se sintió como si le acabaran de dar una paliza.

Con gesto ausente le dio otra vez el teléfono a Thomson.

-¿Problemas familiares? -le preguntó él.

Por un momento había perdido la noción de donde estaba, se le había olvidado que estaba aparcada a un lado de la carretera y al volante de un coche en el que iba su jefe.

-Era mi madre, que se va a casar otra vez -le respondió, roja como un tomate-. Quería que yo fuera la primera en saberlo -le explicó. Arrancó el coche, confiando en que su jefe considerara algo justificado el que su madre la hubiera llamado cuando estaba de servicio.

Los dos permanecieron en silencio hasta llegar al hotel. Durante todo ese tiempo, Yancie estuvo pensando que en cuanto fuera a ver a su madre le iba a decir que ya no vivía con Ralph y que había encontrado un trabajo.

Yancie miró de reojo a Thomson Wakefield cuando salieron del coche. Él también la miró y después se dirigió hacia la entrada del hotel. Ella lo siguió sintiéndose un tanto molesta. Incluso pensó que

cuando él abrió la puerta, no la iba a sostener y la iba a dejar que le diera en las narices. Pero la sostuvo para que ella entrara.

Estaban en la recepción esperando a que les dieran las llaves, cuando él le dijo que no la iba a necesitar más esa tarde.

-Voy a salir a una cena de negocios. No tiene sentido que se quede esperando cuando no sé a qué hora voy a terminar.

-¿Se va a llevar el coche?

-No, tomaré un taxi.

Eso quería decir que seguro que lo iban a celebrar por todo lo alto.

-¿Está seguro?

Él ni se dignó a responder.

-Procure cenar usted también.

En esa ocasión fue ella la que no se dignó a responder.

Una vez en su habitación, se puso a pensar el porqué ese hombre la ponía de tan mal humor. A lo mejor era porque nunca antes había conocido a un hombre igual. Aquel tipo era una especie de autómata.

Había comido sola y no le apetecía cenar sola también. Pero no conocía a nadie por allí.

De pronto se quedó pensando. Ya sabía por qué se sentía tan molesta. Era porque no la había invitado a cenar con él.

Aquello era ridículo, se dijo a sí misma. Al fin y al cabo era un hombre que ni siquiera soportaba.

Intentó recordar a alguna de sus compañeros de colegio que vivieran por la zona. Y se acordó de Charlie Merrett. Levantó el teléfono.

-¿Fennia? -dijo, cuando su prima respondió-. ¿Tienes el teléfono de Charlie Merrett?

Fennia lo tenía y se lo dio. También le dijo que Greville le pedía perdón por haberle dado el teléfono de su trabajo a su madre.

Yancie estuvo hablando diez minutos con su prima. Le dijo que le dijera a su primo que no se preocupara, que ella habría hecho lo mismo en su caso.

Después llamó a Charles Merrett.

-¡Yancie! -exclamó cuando le dijo quién era-. ¿Qué tal? Qué alegría. ¿Vives todavía en Londres?

-Pues en estos momentos estoy más cerca de donde tú vives que

de Londres. ¿Has quedado con alguien para cenar esta noche?

-Había quedado, pero llamo y cancelo las citas ahora mismo.

-No tienes que...

-No te preocupes. Puedo quedar con ellos en otro momento.

-¿Estás seguro?

-Claro. ¿Dónde estás?

No quiso decirle que se estaba hospedando en un hotel y quedó en un restaurante que él le dijo a eso de las ocho y media.

-¿Tiene aparcamiento ese restaurante?

-Esa es una de las razones por la que es famoso -le respondió.

Yancie se duchó. Decidió ponerse el vestido que había llevado, porque al parecer iban a ir a un restaurante de lujo. Se peinó, se maquilló y salió de la habitación con la sensación de que iba guapísima, deseando incluso que Thomson Wakefield la viera como iba.

Estuvo a punto de tomar un taxi, pero decidió ir en el coche, ya que iba a dejarlo en un aparcamiento. Además, era poco probable de que se pudiera encontrar con Thomson Wakefield. Seguro que ella volvía antes que él al hotel.

Charlie Merrett estaba como ella lo recordaba. Era un hombre alto y guapo, de la misma edad que ella.

-Estás preciosa, Yancie. Guapísima -le dijo cuando entraron en el restaurante.

-Y tú también -le respondió ella. Los dos se rieron.

Cuando el camarero se acercó a ellos, Yancie miró a su alrededor y casi se queda sin respiración. En ese mismo restaurante, cenando con otra gente, estaba Thomson Wakefield. La estaba mirando, pero no hizo gesto alguno.

Demasiado tarde para arrepentirse de no haber tomado un taxi. Seguro que Thomson Wakefield vería el coche si salía antes del restaurante que ella.

Estuvo a punto de salir y aparcar el coche en otro sitio. Pero prefirió dejar las cosas como estaban. Al fin y al cabo había sido él el que le había sugerido que saliera a cenar. Por tanto estaba obedeciendo órdenes. Porque no le había dicho dónde debería cenar.

Yancie agradeció que el camarero los llevara a Charlie y a ella a un rincón apartado. Así no tendría que ver a su jefe mientras

cenaba. Aunque eso tenía sus inconvenientes, porque no viéndolo no sabría cuando podría marcharse. Tenía la sensación de que en cualquier momento iba a aparecer y le iba a pedir las llaves del coche.

Trató de no pensar en Thomson Wakefield y concentrarse en Charlie Merrett. Ella había sido la que le había invitado a salir, así que lo mínimo que podía hacer era prestarle atención. Charlie parecía muy contento.

-¿Qué has estado haciendo? -le preguntó ella. Durante una hora estuvieron hablando de lo que habían hecho los dos en el último año.

Yancie no le contó que se había ido de casa y había empezado a trabajar, aunque fuera poco probable que él se encontrara con su madre y se lo contara.

-Por cierto, todavía no me has dicho qué estás haciendo por aquí -le dijo Charlie en un momento determinado durante los postres.

Yancie tomó una cucharada de fruta mientras pensaba qué responderle.

-He venido a oír una conferencia de un conocido -le respondió sonriendo.

-A mí me daría pánico pronunciar una conferencia -comentó él-. ¿Qué tal el postre?

Eran las diez y media cuando terminaron de tomar café. Yancie le dijo a Charlie lo contenta que estaba de haberlo visto, pero que tenía que irse al hotel porque se tenía que levantar pronto por la mañana.

-Dale recuerdos a Fennia y Astra -le dijo sonriendo. Se dirigieron hacia la puerta. Yancie no sabía si sonreír o no cuando pasara cerca de la mesa de su jefe.

Le molestaba la actitud de aquel hombre. No sabía a qué atenerse cuando él estaba cerca. Pero no tuvo que decidir si sonreír o no, porque cuando miró a la mesa donde él había estado, comprobó que ya se había marchado.

Se despidió de Charlie y se fue al hotel. Había pasado una velada muy agradable con él, pero no fue en él en quien ella pensó durante el trayecto, sino en Thomson Wakefield. ¿Habría vuelto al hotel o se habría ido a otro sitio?

Seguro que se habría ido a otro sitio. Solo eran las diez y media.

Sábado por la noche. Las cenas de negocio no terminaban tan temprano.

Cuando llegó al hotel estaba completamente segura de que se habría ido a algún sitio con la gente con la que había cenado. Pensó que no lo iba a ver más esa noche, porque se iba a ir directamente a la cama.

Era una noche muy fría. En cuando aparcó el Jaguar se fue al hotel. Entró en la zona de recepción y nada más entrar vio a Thomson Wakefield en uno de los salones. Sus miradas se encontraron. No sonrió. ¿Es que no sabría?

Yancie continuó su camino. Se puso muy nerviosa. Estaba temblando y nada tenía que ver el frío que hacía.

Yancie pidió su llave. No sabía qué hacer. No sabía si saludarlo, o irse directamente a su habitación sin decir nada. Se sentía como una idiota.

Con la llave en la mano, se dio la vuelta y descubrió que todavía no habían acabado las sorpresas de ese día. Thomson Wakefield se había acabado el whisky que se había estado bebiendo y la estaba esperando.

-Buenas noches -lo saludó.

Thomson Wakefield no respondió. Se limitó a mirarla de arriba abajo.

-¿No tiene miedo de pillar una pulmonía? -le preguntó mirándole el vestido que llevaba puesto.

-Es que me ha olvidado traer el abrigo -murmuró. Se sentía como una niña de catorce años. Aquello la molestó. Ya había cumplido los veintidós y era mayor.

-¿Es que no le gusta la chaqueta de su uniforme?

¿La estaba regañando? ¿O la estaba tomando el pelo? Yancie miró sus ojos grises. Vio una expresión extraña que no supo interpretar. La mención que había hecho de su uniforme le recordó que estaba allí por cuestiones de trabajo, un trabajo que quería conservar.

-¡No he bebido nada! -exclamó, sin saber por qué.

-¿Es que la he acusado yo de haber bebido? -le respondió él. En ese momento llegó el ascensor.

Su jefe presionó los botones de los pisos en los que estaban cada una de sus habitaciones y las puertas se cerraron.

-Usted fue el que me dijo que saliera a cenar -le dijo, para justificar el haberse llevado el coche de la empresa.

-Es cierto -le dijo él-. Y no parece que tuviera dificultades para encontrar a alguien con el que cenar.

¡Aquello era increíble! Tuvo que controlarse para no responderle de forma grosera.

-Era un amigo.

-¿Lo conoce desde hace mucho?

-Estudiamos en la escuela de enfermería juntos -le informó-. Vive por aquí -le respondió. De repente se dio cuenta de que se estaba riendo. Oyó que Thomson se reía también. Lo miró y vio la sonrisa en sus labios-. Buenas noches -le dijo. Y se fue a su habitación.

Nunca antes le habían afectado tanto los ascensores. Pero claro, nunca antes había subido en uno de ellos con un sonriente Thomson Wakefield.

CAPÍTULO 4

Como si quisiera enmendar el frío y la humedad del día anterior, el domingo amaneció soleado. Yancie se levantó temprano, se duchó y se vistió.

No sabía a qué hora se iban a marchar. Se lo tendría que haber preguntado a Thomson. ¿Thomson? ¿Desde cuándo había pensado en él por su hombre de pila? Sería mejor tener cuidado. Seguro que a su jefe no le haría ninguna gracia que lo tuteara.

Después de peinarse se fue a desayunar. Entró en el comedor del hotel y vio a Thomson. Sonrió y se fue hacia su mesa. Él se puso en pie y esperó a que ella se sentara antes de volver a sentarse.

-¡Oh! -exclamó ella cuando se sentó.

-¿Oh? -repitió él, sin entender muy bien su actitud de sorpresa.

-¡Será mejor que me vaya a otro sitio! -le dijo, colocándose el bolso en el hombro.

-¿Es que no está cómoda aquí? -le preguntó.

-Es que me acabo de dar cuenta de que tendría que sentarme en otra mesa.

-¿Sentarse en otra mesa?

-¿Desayunan los conductores con los jefes? -le preguntó-. ¿No tendría que sentarme yo aparte?

-Siéntese señorita Dawkins.

Yancie se sentó. Desayunó cereales, huevos fritos y café. Durante el desayuno fue descubriendo que su jefe no era tan taciturno como parecía, sino que tenía cierto encanto.

Cuando terminaron recogieron las maletas y en un abrir y cerrar de ojos estaban camino otra vez de Londres. Su jefe, como de costumbre, se dedicó a leer documentos y a trabajar.

De vez en cuando lo miraba por el espejo retrovisor y lo veía

concentrado en su trabajo. En un momento determinado sus miradas se encontraron. A partir de ese momento, Yancie procuró concentrarse en la carretera. Al cabo de una hora aproximadamente el teléfono del coche sonó.

Miró aterrorizada el espejo retrovisor.

-Si es su madre, ¿le digo que está, o que no está? -le preguntó en tono sarcástico.

Por fortuna la llamada era para él y no tuvo que responder a su pregunta. Al parecer su jefe pensaba que había sido ella la que le había dado el número de teléfono a su madre. No quería decirle que había sido Greville el que se lo había dado y que Greville era medio primo suyo. Porque de esa manera Thomson se imaginaría que había conseguido el trabajo en Addison Kirk por él.

Yancie dejó a su jefe pasadas las dos de la tarde. Si por ella hubiera sido, habrían tardado menos, pero su jefe insistió en que parara para tomar un café cuando llevaba dos horas conduciendo.

Su jefe no hizo comentario alguno sobre su forma de conducir, ni para bien, ni para mal. Lo cual ya era algo positivo.

Después de dejar el coche en el garaje, decidió ir a ver a su madre, por si acaso se le ocurría llamarla otra vez al trabajo.

-¡Cuánto has tardado! -fue el saludo de su madre.

-Perdona pero es que...

-Ven a conocer a Henry. Acabamos de terminar de comer. Me he enterado de que te quieres cambiar de casa.

-Sí, bueno, es que...

-Te llamé esta mañana a casa de Ralph y empecé a sospechar algo cuando me dijo que llamara a casa de Delia. La llamé pero no estaba. Y no te pude llamar porque perdí el número del móvil del coche -por suerte para ella-. ¿Cómo es que te has ido de casa de Ralph? Le dije que debería avergonzarse...

-No ha sido culpa de él -le interrumpió Yancie-. Empecé a tener problemas con Estelle.

-Siempre ha sido una chica complicada. Tendrías que haber... ¡Aquí está Henry!

Su madre sonrió. Aunque Henry Ottaway era un hombre agradable, no tenía comparación alguna con Ralph Proctor. Lo que sí tenía ese hombre era un Rolls Royce, que había aparcado frente a la casa. Conociendo a su madre como la conocía, Yancie se imaginó

que eso era lo que le había atraído a su madre de aquel hombre. Se puso triste por pensar así de ella.

Se quedó a tomar el té con ellos. Cuando terminaron, su madre y su futuro padrastro la acompañaron hasta su coche para despedirla. Su madre se fijó en la matrícula y comentó:

-Bien podría Ralph haberte comprado un coche más nuevo.

Increíble. El coche no tenía ni siquiera un año. Yancie se fue a la casa que compartía con sus primas. Su madre nunca dejaba de sorprenderla. Pensó en llevar el Jaguar al garaje de la empresa, pero como en casa tenían uno que no utilizaban y tenía que ir a trabajar temprano, decidió llevárselo a casa.

Yancie acababa de contarle a Fennia y a Astra el encuentro con Charlie Merrett cuando sonó el teléfono. Era Greville, que quería hablar con ella y disculparse por haberle dado el teléfono a su madre.

-No te preocupes -lo tranquilizó-. Seguro que no tuviste más remedio. Sé lo pesada que se puede llegar a poner.

-No me dejó en paz hasta que no se lo di. ¿Te llamó?

-Sí. Pero no te preocupes -le respondió ella.

-Yo confiaba en que no estuvieras en el coche cuando llamara. De verdad Yancie, no se lo habría dado si no se hubiera puesto a llorar por teléfono.

-¿A llorar?

-Bueno, estaba a punto de llorar. Me dijo que estaba desesperada, que había intentado localizarte en todas partes.

Pobre Greville. Era un hombre que no soportaba ver a una mujer llorar.

-Por lo que me han contado estuvo muy bien tu fiesta -le dijo Yancie cambiando de asunto.

Durante la siguiente semana, Yancie tuvo bastante trabajo. Tuvo que llevar al señor Clements en un par de ocasiones y también a otros directores. Y en una ocasión a Greville. Pero a Thomson Wakefield no lo vio. Sin embargo, los otros conductores le dijeron que ellos le habían llevado.

Era como si después de haberse quedado satisfecho con sus capacidades como conductora ya no requiriera más sus servicios. Y eso de alguna manera la molestaba. Cada mañana iba muy alegre a su trabajo, pero regresaba un poco triste. No obstante, estaba segura

de que Thomson no era la razón de su estado de ánimo.

Yancie iba en el Jaguar, después de haber llevado a uno de los jefes, cuando sonó el teléfono del coche. Aparcó para responder. Era su madre. ¡Por desgracia había encontrado otra vez el número!

-Ya que estás en el coche, ¿por qué no vienes a recogerme? -no le podía responder que no la podía ir a recoger porque estaba trabajando-. ¿Dónde estás? Yo estoy en casa y tengo el coche estropeado.

Yancie intentó darle alguna excusa, pero de pronto pensó que podría ir a buscar a su madre y llevarla a cualquier sitio, que nadie se iba a enterar.

-Ahora mismo voy a recogerte -le dijo-. Pero después tendrás que volver tú sola.

-No te preocupes, voy a comer con Portia. Ella me traerá.

Yancie colgó el teléfono y se fue a buscar a su madre. Justo en el momento en que salía de la casa recordó que llevaba la tarjeta de identificación en su camisa. Yancie se la quitó y la guardó.

En el centro de Londres les pilló un atasco. Yancie tuvo que soportar el discurso de su madre mientras miraba con paciencia el coche que estaba delante. Junto en ese momento miró a la acera y vio a un hombre alto salir de un edificio. Estaba mirando de un lado a otro de la calle, al parecer en busca de un taxi. Y vio el Jaguar en el que había ido como pasajero hacía un par de semanas. ¡Aquello sí que era mala suerte! Yancie fingió no haberlo visto. Si no hubiera estado en un atasco, abría pisado a fondo el acelerador y habría desaparecido de allí.

Thomson Wakefield la estaba mirando y fijándose en la elegante señora que iba sentada en el asiento de al lado del conductor. Se acercó al coche. Yancie empezó a ponerse nerviosa.

Sin decir una sola palabra, Thomson abrió la puerta de atrás y entró. Su madre, que nunca se quedaba sin una respuesta, fue la primera en hablar.

-¿Le importaría decirnos qué es lo que hace? -le preguntó con tono altanero.

Yancie se puso roja como un tomate.

-Mamá, te presento a Thomson Wakefield. Thomson... -no sabía cómo presentarlo-. Mi madre, la señora Úrsula Proctor.

Yancie esperó que en cualquier momento su jefe le dijera que

qué hacia aquella señora en su coche y que se bajara de inmediato. Pero para su sorpresa, se mostró bastante agradable.

-Pensé que conocía a todos tus amigos, Yancie -comentó su madre, haciéndole sentir incluso más vergüenza-. Aunque su voz me es familiar. ¿No fue usted el que respondió el teléfono cuando llamé a mi hija el sábado?

-Así es -respondió él sin inmutarse.

-Parece que frecuenta usted a menudo el coche de mi hija -observó Úrsula. Justo en ese momento, el tráfico empezó a agilizarse.

El sitio donde tenía que dejar a su madre no estaba muy lejos. Con un poco de suerte en pocos minutos se bajaría del coche y no complicaría más las cosas. Porque no sabía cómo le iba a explicar a Thomson Wakefield el que su madre pensara que el Jaguar era de ella.

-Yancie es muy amable. Siempre está dispuesta a llevar a todo el mundo a cualquier parte -comentó Thomson.

-Bueno, por lo menos ya ha aprendido y no deja el coche a cualquiera -respondió su madre-. Seguro que le habrá contado que su último coche lo destrozó uno de sus amigos.

-No lo sabía -murmuró Thomson. Yancie pensó que aquello estaba convirtiéndose en una pesadilla.

En un momento determinado su madre empezó a hacer comentarios sobre la ropa que llevaba puesta y comparándola con el elegante traje del hombre que estaba sentado en el asiento de atrás.

-La verdad Yancie, antes tenías mucho más gusto. Cada vez que te veo llevas siempre el mismo traje. El domingo cuando viniste a casa a ver a Henry también lo llevabas -comentó su madre para empeorar más la situación. Porque así su jefe se enteraba de que el domingo, después de haberlo dejado en casa, ella se había ido con el coche a resolver asuntos personales. Pero lo peor estaba por llegar-. Está claro que no te conviene vivir con Delia Alford -Yancie no sabía dónde meterse.

-¿Delia Alford? -indagó su jefe.

-¿No conoce a Delia, la tía de Yancie? -le preguntó Úrsula Proctor.

Yancie aparcó el coche para que su madre se bajara. Pero antes

de que se bajara, Thomson Wakefield hizo el siguiente comentario:
-No la conozco a ella, pero creo que sí conozco a su hijo.
Yancie supo que todo había acabado para ella, cuando su madre respondió:
-Greville...
-Tengo que moverme -comentó Yancie-. No estoy bien aparcada -no sabía por qué se preocupaba tanto, porque Thomson ya se había enterado de todo. Para demostrárselo, se bajó de la parte de atrás y se sentó en el asiento de al lado del conductor.
-Gracias -le dijo su madre, sin tener ni idea de los problemas en los que la acababa de meter.
Lo que menos le apetecía a Yancie en aquellos momentos era que Thomson ocupara el asiento que había dejado su madre.
-No quiero que su madre piense que no somos amigos -murmuró él.
Metió la velocidad y puso en marcha el coche.
-Supongo que me va a despedir... -comentó ella inmediatamente.
-¿Piensa que no la debo despedir?
La verdad era que no.
-¿Qué es lo que he hecho? -comentó con gesto inocente-. Solo tomé prestado el coche para ir a ver a mi madre el domingo. Como se puede imaginar, después de venir de viaje...
Thomson la interrumpió.
-Lo que me preocupa en estos momentos es que se olvidara de comentar en su solicitud que había familiares suyos trabajando en la empresa. Al parecer es familia de uno de los directores.
La había pillado. Pero no podía quedarse de brazos cruzados.
-No pensaba que se leyera tan detenidamente las solicitudes de trabajo de los conductores.
-Con usted señorita Yancie Dawkins, he aprendido que es mejor ir con mucho cuidado -le respondió-. ¿Es mentira todo lo que puso en su solicitud?
Ojalá se pudiera acordar. Porque al parecer él se la había leído de principio a fin.
-La dirección era correcta.
-¿La dirección de su tía?
-Yo no vivo con mi tía. Vivo con mis primas, Fennia y Astra. Greville es medio primo. Vive... -prefirió no seguir hablando, para

no decir más tonterías.

-Sé donde vive Greville Alford -le respondió su jefe-. Pero su madre piensa que está viviendo con su tía.

-Yo no le dije que estuviera viviendo con ella -se defendió-. Ni siquiera le dije que no estaba viviendo con Ralph.

-Entonces también es mentira su respuesta donde se le preguntaba si estaba viviendo con algún hombre.

-¡Ralph es mi padrastro!

Los dos guardaron silencio durante unos minutos.

-¿Ha estado viviendo con él hasta hace poco? -no esperó a que le respondiera-. Seguro que se fue de casa de su padrastro después de que ese amigo suyo destrozara su coche. Su padre se enfadó y la echó.

-¡Eso no es cierto! -negó ella-. Ralph quería que me quedara. De hecho quiere que vuelva.

-¿Y usted no quiere?

-Es una cuestión de orgullo.

-Y por eso es por lo que necesita el trabajo.

Ni que decir tenía que su jefe era consciente a esas alturas de que había conseguido el trabajo por Greville.

-Yo sé hacer más cosas, aparte de conducir -le informó ella.

-¿Sabe hacer también las labores domésticas? -le preguntó él

¡Era malvado! Había puesto en su solicitud que su anterior trabajo había sido de criada.

-Antes trabajé haciendo la casa de Ralph. Es una casa muy grande -añadió para darse importancia.

-No lo dudo -comentó Thomson Wakefield-, Y su madre no sabe que tiene trabajo, ¿no?

-Mi madre se enfadaría mucho si se enterara de que trabajo para ganarme la vida -le respondió Yancie. Después de tantas mentiras le alegraba decir toda la verdad. Durante unos segundos dejó de mirar la carretera y volvió su cabeza para mirarlo-. ¿Quiere decir con eso que todavía tengo el puesto de trabajo?

Thomson Wakefield la miró con una expresión que no le comunicó demasiado. Pero sus palabras fueron música para los oídos.

-Si le gusta llevar uniforme -le respondió.

Durante unos segundos estuvo a punto de darle un beso, de lo

contenta que se puso.

-¿Dónde quiere que lo lleve? -le preguntó feliz como una niña. Le dijo que lo llevara a la oficina.

Cuando llegó al trabajo, llamó a Greville para mantenerle informado de la conversación que había mantenido con su jefe.

-¿Cómo reaccionó? -le preguntó Greville.

-Pues estuvo muy amable -le respondió Yancie.

Por lo menos esa fue la impresión que a ella le dio. La podría haber echado si hubiera querido, pero no lo hizo. Incluso las podía haber echado a su madre y a ella del coche de la empresa y conducirlo él mismo. Por eso pensaba que había sido amable.

Yancie tuvo que llevarlo a finales de esa misma semana. Ese día había olvidado su amabilidad y volvía a ser serio y taciturno como de costumbre. Utilizó el coche como si fuera su despacho. Se dedicó a trabajar y no la miró en ningún momento.

Cuando Yancie regresó a su casa estuvo pensando casi todo el tiempo en su jefe. Al día siguiente, mientras estaba en el despacho de Kevin Veasey, Verónica Taylor llamó y dijo que necesitaba un conductor para Thomson.

-¿Puedo ir yo? -se ofreció ella.

-Quiere ir con Frank -le respondió Kevin sonriendo.

-Bueno -le devolvió la sonrisa y sin saber por qué se sintió herida.

Durante varios días no lo volvió a ver. Estaba claro que no se acordaba de ella. Pero el miércoles de la semana siguiente, Kevin le dijo que tendría que ir con el Jaguar a llevar al señor Wakefield a Stafforshire. Sin saber bien por qué se puso muy contenta. Aquello era ridículo.

-Me ha parecido oír a Kevin decir que ibas a ir al Norte mañana -le dijo Wilf Fisher media hora más tarde.

-Sí -le respondió. Su compañero le dijo si podía dejar un paquete en casa de su madre-. La casa de tu madre está un poco alejada de nuestro recorrido, pero si puedo, te prometo que lo llevaré.

Wilf sonrió y Yancie le devolvió la sonrisa. Le encantaba aquel trabajo, decidió. Le encantaba viajar. Había personas a las que les gustaba estar encerradas en una oficina, pero a ella no.

El que había gente que solo le gustaba el trabajo en la oficina lo pudo comprobar a la mañana siguiente, cuando fue a recoger a su

pasajero. La saludó con una especie de gruñido. Cuando se sentó en el asiento de atrás del Jaguar, Thomson Wakefield abrió su maletín y se puso a trabajar hasta que Yancie aparcó el coche frente al edificio donde estaban las oficinas de la empresa filial.

-Terminaré aquí a las seis. Descanse y coma algo -le dijo. Pero ella tenía otras cosas que hacer. Sus miradas se encontraron. Su jefe debió percibir el gesto de desafío en su mirada, porque añadió-. ¿Sí?

-Sí -respondió ella, sin saber qué decir.

¿Qué mosca le habría picado? Arrancó el coche y se fue a Derbyshire. Había conseguido amargarle el día. No sabía por qué se enfadaba tanto, solo porque su jefe le hubiera sugerido que descansara un poco y comiera algo. El problema era que no lo sentía como una sugerencia, sino como una orden. Y no le gustaba que le dieran órdenes.

La madre de Wilf Fisher la estaba esperando y se puso muy contenta al verla.

-Quédate a tomar un té y un poco de tarta -la invitó. Se quedó para complacerla, porque al parecer había hecho el pastel para ella. Las dos mujeres estuvieron conversando una media hora.

Ya se marchaba y se estaba despidiendo cuando la señora Fisher le preguntó si iba a pasar cerca de algún supermercado.

-Seguro que paso cerca de alguno -le respondió Yancie.

No tenía que haberle respondido de aquella manera, pensó Yancie mientras conducía a la señora Fisher al supermercado más cercano. Pero no podía dejar a aquella anciana cargada con un carro lleno de comida.

El problema era que iba a ser muy difícil llegar a recoger a su jefe a las seis. Miró el indicador de la gasolina y vio que el depósito estaba casi vacío. Normalmente aprovechaba los períodos de espera para llenar el depósito. Pero no había tenido tiempo. Recordó la última vez que le había ocurrido lo mismo y se temió lo peor. En aquella ocasión también había ido a visitar a la señora Fisher. A lo mejor esa familia le daba gafe.

Decidió que a partir de ese momento Wilf Fisher tendría que ir él mismo a llevar sus paquetes. Aunque no podía echar la culpa a nadie más que a ella. Se había quedado a tomar el té. La verdad que eso fue lo que le ordenó su jefe. El problema era que él no sabía que ella se iba a ir al condado de al lado a cumplir sus instrucciones.

Su jefe se iba a poner hecho una fiera, seguro.

Eran las siete y diez cuando Yancie llegó a recoger a su jefe. Al ver su rostro, vio que no estaba precisamente de lo más contento. Optó por quedarse en su asiento. Cuanto antes salieran de allí, antes llegarían a Londres.

Pero Thomson Wakefield caminó alrededor del coche, como si estuviera comprobando su integridad. ¡Como si ella estuviera pegándose golpes todos los días! El Jaguar no tenía ni un solo arañazo.

Después abrió la puerta de atrás y entró.

-Lo siento -se disculpó ella. Era lo menos que podía decir.

-Mejor no se disculpe -le respondió él.

Yancie se dio cuenta en esos momentos de que no le gustaba mucho mentir a su jefe. El problema era que no le podía decir que se había retrasado por culpa de Wilf Fisher. Además de que Wilf no le había puesto una pistola en la sien.

De pronto se dio cuenta de que debía haberse pasado algún cruce, porque se suponía que tenían que estar en un tramo iluminado en dirección a la autopista. Pero estaban en una carretera sin luces y sin señales. Además no había nada de tráfico.

-¿Tiene idea de dónde vamos? -le preguntó su pasajero desde la parte de atrás.

-Es que conozco un atajo -le mintió. Su jefe permaneció en silencio.

De pronto lo más terrible que le podía ocurrir, ocurrió. El coche fue perdiendo velocidad hasta detenerse por completo.

-Creo... es culpa mía... nos hemos quedado sin gasolina.

Silencio. Se imaginó que su jefe estaría contando hasta diez.

-Pues haga algo entonces para conseguir gasolina -le respondió al cabo de unos minutos.

Yancie estaba empezando a hartarse de toda aquella situación.

-¿De dónde? -le preguntó.

-Pensé que era usted la que conocía este atajo.

El muy desagradable sabía perfectamente que le había mentido.

-Hay una lata de gasolina en el maletero -comentó ella. Si alguien tenía que ir a por gasolina, ese alguien tendría que ser él.

-Yo esperaré aquí -le dijo él.

-¿Está insinuando que vaya yo?

-Fueron ustedes las mujeres las que querían la igualdad entre los sexos -comentó-. Póngase en marcha.

Lo llamó de todo para sus adentros. Yancie salió del coche y abrió el maletero. Sacó la lata y lo cerró de golpe.

-Espero no tardar mucho -le dijo ella.

Empezó a caminar sin saber muy bien dónde tenía que dirigirse. Decidió no regresar sobre sus pasos. Si hubieran pasado una gasolinera, se habría dado cuenta.

La verdad era que no le importaba caminar, pensó Yancie mientras se dirigía en sentido opuesto al que habían ido. No tenía ni idea dónde estaba y lo peor era que llevaba unos zapatos de tacón alto.

Yancie intentó caminar en línea recta, a pesar de que la carretera estaba llena de curas. De pronto oyó un ruido. Al cabo de los pocos segundos volvió a oír otro. Se asustó un poco.

Era de noche. Aquello empezó a aterrorizarla. Al oír de nuevo otro ruido, pensó que no eran cosas de su imaginación. Lo oyó a sus espaldas y sintió la boca seca.

Hubiera jurado que había oído pasos a su espalda. El miedo la dejó atenazada. Ella estaba allí pasando frío mientras Wakefield estaba calentito y cómodo en el coche. Volvió a oír pasos. Alguien caminaba detrás de ella.

Aceleró un poco el paso. Tenía que calmarse. Oyó el resquebrajido de una rama. Yancie tiró la lata y se echó a correr.

No llegó muy lejos, porque de pronto una voz dijo:

-¡Yancie, no corra, soy yo! -se detuvo. Se dio la vuelta y vio a Thomson Wakefield.

-¡Cerdo! -le gritó totalmente descontrolada, sintiendo una mezcla de alivio y furia al mismo tiempo.

-¡Tranquila! -Thomson intentó calmarla.

-¡Me ha pegado un susto de muerte! -le gritó y le dio un puñetazo en el hombro. Su jefe le agarró por las muñecas.

-No quería asustarla...

-Pues me ha asustado -le respondió.

-Lo siento -se disculpó. Le soltó la mano y se la puso en el hombro. Yancie apoyó su cabeza en su pecho y su jefe le puso la mano en ella. Yancie se sintió más tranquila.

-Es usted muy amable -le dijo. Siguió con la cabeza apoyada en

su pecho.

-Estaba muy asustada...

-¿Es que nadie antes le había dicho que era amable? -le preguntó Yancie. Retrocedió unos pasos y él la soltó-. He dejado la lata de gasolina por ahí -le dijo. Iba a ser difícil poder olvidar esos deliciosos momentos en los que la había tenido entre sus brazos-. Va a ser difícil encontrarla, porque está muy oscuro.

-Lo que puede hacer es ir a esa granja, a ver si nos pueden echar una mano.

-¿Qué granja?

-¿Es que no ha visto las luces?

-Usted es más alto que yo.

-Iré con usted -le dijo él.

Tuvieron que caminar bastante antes de llegar a la granja. Yancie se agarró del brazo de su jefe nada más abandonar la carretera. El campo estaba embarrado. Su jefe no apartó su mano y se comportó de forma muy amable.

A Yancie cada vez le gustaba más aquel hombre. Durante todo el tiempo que estuvieron caminando pensó que nunca más iba a contarle otra mentira.

-Perdonen la molestia... -empezó a decir Thomson cuando alguien abrió la puerta. El corazón de Yancie se enterneció cuando el granjero no solo les dio la lata de gasolina, sino que además los llevó hasta donde tenían el coche.

Yancie le dio las gracias y dejó a Thomson hablando con el granjero mientras ella echaba la lata de gasolina en el tanque.

Estaba sentada en el asiento del conductor cuando el granjero se fue. Giró la llave de contacto y el coche se puso en marcha. Esperó a que su jefe entrara. Para su sorpresa, abrió la puerta del conductor.

-Déjeme conducir a mí -le dijo.

-No -se opuso. Ella era la conductora-. Y cierre la puerta, que hace frío.

La luz interior del coche estaba encendida. Thomson se quedó mirándola.

-Podría sacarla de ahí a la fuerza.

Yancie pensó en sus posibilidades.

Lo dejó conducir y al cabo de un rato, le preguntó:

-¿Se supone que tendría que haber ido sentada en la parte de atrás? -le preguntó. Thomson no respondió. Se limitó a mirarla de reojo, concentrándose en la carretera.

A los pocos minutos se detuvieron para echar gasolina. Yancie se quedó en el asiento donde estaba. Si su jefe no quería que estuviera allí, seguro que se lo diría.

-¿Dónde ha ido esta tarde? -le preguntó cuando regresó. Recordó su decisión de decirle toda la verdad.

-¿Dónde? -le preguntó ella.

-Ha hecho sesenta kilómetros más desde que me dejó.

-No sabía que se fijara en esas cosas -le acusó Yancie, sin saber qué responder.

-No lo hice intencionadamente -respondió él.

-¿Es que entonces tiene un cerebro que registra automáticamente los números?

-Así es, y lo hago sin darme cuenta -le respondió-. Supongo que como tenía mucho tiempo decidió irse a tomar el té con algún compañero del colegio que vivía a treinta kilómetros.

Yancie prefirió no decirle con quién había estado tomando té, para no implicar a Fisher en todo aquello.

-No -contestó ella.

-Entonces habrá ido a visitar a su hermana.

-No tengo herma... -le respondió riéndose.

-¿No tiene hermana? -le preguntó él-. ¿Quiere decir que no existe ninguna Miranda o Cassandra?

Yancie lo miró. Pensó que lo iba a ver enfadado. Pero todo lo contrario. En ese momento se dio cuenta de que él había sabido en todo momento que ella no tenía hermanas.

-He de confesar que soy hija única -le dijo-. Le prometo que nunca más le voy a volver a contar una mentira.

-Promesas y más promesas -respondió su jefe. Yancie suspiró.

Minutos más tarde llegaban a la zona en la que el padre de Astra tenía su piso.

-Tendría que ser yo la que lo llevara a casa -le dijo ella.

-Ha estado trabajando todo el día y está cansada -le respondió él con amabilidad.

Yancie estaba sorprendida de que el hombre que estaba a su lado todavía no le hubiera gritado en las últimas dos horas. Estaba

sorprendida por su amabilidad.

Llegaron a casa de Yancie. Recordó que había dejado su bolso en los asientos de atrás. Estiró el brazo para recuperarlo y cuando fue a pasarlo por encima de los apoyacabezas le pegó un golpe en la oreja con el bolso a Thomson.

Yancie intentó como pudo de no reírse. Pero al ver la cara de dolor que ponía, no pudo evitarlo. Ella se reía. Él no. Intentó controlarse, pero no lo consiguió. Thomson se bajó del coche.

Se acercó a su puerta y la abrió. Yancie se bajó. Estaba casi llorando de la risa. No se había reído tanto desde que sus primas y ella habían estado en el colegio internas.

Intentaba dejar de reírse cuando oyó a Thomson decirle:

-Es usted una estúpida.

En vez de dejar de reírse, aquello le produjo más risa, incluso. De repente él bajó la cabeza y la besó.

Dejó de reír de forma inmediata. Thomson se dio la vuelta y sin decir una sola palabra se alejó.

La dejó de pie con una mezcla de emociones. Arrancó el Jaguar y se fue. Yancie ni se movió del sitio. Sabía que Thomson tenía una boca maravillosa, pero nunca había pensado en que la iba a sentir tan cerca.

Aunque no había sido un beso de amor, ni siquiera un beso de amistad, fue un beso que hizo saltar su universo interior en pedazos. Se quedó sin respiración, como mareada. Pero lo más grave de todo era que creía que se había enamorado de él.

CAPÍTULO 5

NO PODÍA ser que se hubiera enamorado de Thomson, se repetía Yancie una y otra vez durante ese fin de semana. Llegó el jueves de la semana y seguía pensando en el jefe de Addison Kirk. Había transcurrido una semana entera desde la última vez que lo había visto.

La verdad, no podía echarle la culpa de no haberla llamado para que lo llevara a algún sitio, si se tenía en cuenta que la última vez que lo llevó terminó haciendo él de conductor. Era imposible que estuviera enamorada. Más bien lo echaba de menos. Pero había veces que deseba verlo con todas sus fuerzas. ¡Pero era imposible que estuviera enamorada de él!

Yancie temía estar convirtiéndose en una persona parecida a su madre, o a las madres de sus primas, su tía Portia e Imogen. Seguro que lo que le pasaba era que le atraía, porque lo mismo le ocurría con cualquier hombre guapo.

Sin embargo, era un sentimiento un tanto desconcertante. Astra y Fennia siempre le habían contado todos sus sentimientos, pero ella no les podía contar lo que sentía por Thomson. Sentía como si fuera algo demasiado personal. Tan personal como para no compartirlo con sus dos primas.

Yancie trató de pensar en otra cosa que no fuera Thomson, porque solo de pensar en él se consumía. Era ridículo, se repetía una y otra vez. Seguro que él no se acordaba de ella ni un solo segundo. Porque de lo contrario había llamado a Kevin para solicitar sus servicios.

-¿Qué te ocurre, Yancie? -le preguntó Fennia cuando fue a casa de Astra esa noche.

-¿Por qué?

-No sé, porque estás distinta. Llevas toda la semana muy callada. Como si estuvieras pensando en otra cosa.

-Lo siento -se disculpó Yancie.

-¿Es que tienes problemas en el trabajo? ¿O con tu madre?

-¡Fennia! -se estaba quejando, cuando su prima tenía problemas mucho más graves-. ¿Qué tal las cosas con tu madre?

-Mi madre no quiere saber nada de mí.

-Lo que tenemos que hacer es una fiesta.

-Es cierto, pero Astra tiene mucho trabajo este fin de semana. No sería justo para ella.

-Está bien, no haremos nada el sábado por la noche.

-Entonces será menor que vaya a ver a mi madre. A lo mejor en esta ocasión está más agradable conmigo.

— ¿Quieres que te acompañe?

-No, déjalo -le respondió Fennia.

-Hemos pasado momentos peores.

Fennia se echó a reír.

-¿Te acuerdas de cuando...

Yancie se encontró un poco sin saber qué hacer. Astra y Fennia iban a estar ocupadas todo el fin semana.

Había estado ocupada el sábado por la mañana, lavando el Mercedes. Tenía que llevar al señor Clements al aeropuerto el domingo y le habían dejado que se llevara el coche a casa.

Yancie sabía que no podía utilizar el vehículo para asuntos personales, pero tenía que ocupar el tiempo en algo. Podría ir a visitar a su madre. O quizá a Ralph, que siempre era agradable verlo.

Pero como de costumbre, se fue a ver a su tía Delia. Y se fue en el Mercedes.

-¡Yancie querida, qué alegría verte! -la saludó su tía Delia-. Entra y cuéntame qué tal te va.

Dos horas más tarde, Yancie seguía esforzándose por disimular su estado de ánimo. Delia Alford le dijo si quería tomar un té.

-Lo haré yo -le dijo su tía, justo en el momento en que sonaba el teléfono-. Responde tú el teléfono por favor. Si es Imogen Kirby, no quiero hablar con ella.

-Le diré que estás con el fontanero -comentó Yancie riéndose.

Pero no era su tía Imogen, la madre de Astra, sino Matthew

Grant, un amigo de Greville, que preguntaba por su primo.

-Usted no es la señora Alford, ¿no? -le preguntó Matthew.

-A ver si adivinas quién soy -le sugirió Yancie. Había estado con Matthew en numerosas ocasiones y era un chico que le gustaba.

-Tú tienes que ser una de las primas de Greville.

-¿Cuál de ellas?

-No sé. La más guapa, aunque todas lo sois.

-Soy Yancie -le respondió-. ¿Qué tal estás?

-Hecho polvo. No solo me ha dejado mi novia, sino que además me han robado las ruedas de mi coche. Por eso estoy intentando localizar a Greville. Tenía que ir a una fiesta esta noche. Lo llamaba para ver si me llevaba en coche.

-Espera que le pregunto a mi tía si sabe dónde está -Yancie dejó el auricular en la mesa y se fue a la cocina-. Es Matthew Grant, que quiere saber si Greville va a ir a una fiesta esta noche.

-No, porque va a llevar a su maravillosa madre al teatro -le respondió ella.

Yancie sonrió y se volvió otra vez al teléfono. Parecía que todo el mundo había quedado esa noche.

-Me parece que Greville no va a ir a la fiesta -le respondió-. Pero si quieres, yo te puedo acercar. El problema es que no podré llevarte después a casa -le ofreció. Había ido a muchas fiestas y sabía que acababan a las tantas. Y no le apetecía trasnochar, porque a la mañana siguiente tendría que llevar al señor Clements al aeropuerto.

-¿De verdad? -Matthew pareció extrañarle su ofrecimiento-. No te preocupes por la vuelta. Seguro que me podré ir con alguien -Yancie estaba a punto de decirle a qué hora quería que lo fuera a recoger, cuando él comentó-. ¿No quieres venir también tú a la fiesta?

-Es que no me han invitado.

-Pues te invito yo. Se supone que tengo que ir acompañado. Y no me gustaría que todos se enteraran de que me acaba de dejar mi novia. Anda Yancie, ven conmigo.

Pobre Matthew. Parecía que estaba un poco deprimido.

-Pero no me puedo quedar mucho -le dijo.

-¿Vienes entonces? -le dijo con voz más animada.

-¿A qué hora quieres que te vaya a recoger?

Nada más colgar, Yancie se dio cuenta de que no quería ir a ninguna fiesta. No sabía por qué había aceptado.

-Voy a llevar a Matthew Grant a una fiesta. Y me invitado a que vaya con él -le dijo a su tía cuando regresó de la cocina.

Yancie se puso un vestido sin mucha tela. Se fue a recoger a Matthew a las ocho y media y los dos se fueron a la fiesta. Todos les saludaron de forma muy cariñosa.

Yancie pensó que a lo mejor se encontraba con alguien conocido, como siempre ocurría en esa clase de celebraciones. Pero no vio a nadie.

La fiesta estaba en su máximo apogeo cuando Matthevv se acercó a ella y le susurró al oído:

-Está aquí.

-¿Quién, tu ex? -le preguntó Yancie, mirándolo a la cara para que la otra persona no se diera cuenta de que estaban hablando de ella. Él asintió sonriendo-. ¿Quieres que me quede contigo, o que me vaya para ver si os arregláis?

-¿Por qué no me habré enamorado de ti? -le preguntó muy serio.

-Así es la vida -le respondió ella riéndose. Yancie sintió que los ojos de la novia de Matthew se clavaban en ella.

Levantó la cabeza y en ese momento vio que no solo los estaba mirando aquella mujer, sino también un hombre alto de pelo negro que acababa de llegar a la fiesta. Se quedó boquiabierta.

Apartó rápidamente su mirada de Thomson. Matthew le estaba diciendo algo, pero bien podría haberle estado hablando en esperanto, porque no entendía nada de lo que decía.

Thomson estaba en aquella fiesta. El corazón le latió con fuerza. No sabía si irse a casa o quedarse. Lo mejor que podía hacer era irse al Mercedes...

¡Justo lo que le faltaba! Se había olvidado del Mercedes. ¿Se habría dado cuenta su jefe de que se había llevado el coche de la empresa? Seguro que sí. Seguro que hasta se sabía la matrícula de memoria.

-Matthew, ¿te importa si me voy?

-¡Yancie! Anda, quédate media hora más. Son solo las once. Deja que Pippa vea que estoy cautivando a la chica más guapa de la fiesta.

Pero ella no quería quedarse. Quería irse de allí cuanto antes.

No quería que Thomson Wakefield fuera a saludarla. Se habían mirado, y no podía fingir no haberlo visto. Era mejor marcharse a casa cuanto antes.

-Está bien, cautívame -le dijo Yancie.

Él se rió. Yancie esperó que Thomson estuviera mirando.

Estaban en un salón muy amplio, pero Yancie sabía en todo momento dónde estaba Thomson.

-Me tengo que levantar temprano mañana -le dijo a Matthew, al cabo de un rato-. ¿Te puedes despedir de todos por mí? Prefiero marcharme sin que nadie me vea.

-¿Estás segura? Si quieres te acompaño al coche.

-No, no es necesario. Quédate y que tengas suerte.

Le dio un beso. No pudo evitar mirar en dirección al sitio donde había visto a su jefe por última vez. Pero vio que ya no estaba allí.

Yancie salió de la habitación donde estaban sin pasar por el vestidor, porque no había llevado abrigo. Sintió un poco de frío. Caminó por la acera hasta llegar donde estaba aparcado el Mercedes.

Abrió el coche y antes de meterse dentro, oyó una voz que le decía:

-¡Hola, Yancie Dawkins! –Thomson Wakefield salió de las sombras.

Estuvo a punto de salir corriendo, pero antes de que pudiera reaccionar Thomson se había acercado a ella.

-Hola -lo saludó sonriendo. Él no sonreía-. ¿Qué tal si le digo que tengo una madre viuda y seis hijos que alimentar? -le preguntó, dándose cuenta de que podía perder su puesto de trabajo por haber utilizado el coche.

-Olvida que conozco a su madre y estoy seguro de que con lo que gana en un año no podría cubrir sus gastos de un mes -le respondió.

-¿Me va a despedir? -le preguntó de forma directa.

-Déme una buena razón para no hacerlo -le respondió.

Pero no se le ocurría ninguna. Ir a una fiesta en un coche de la empresa estaba absolutamente prohibido.

-Si me despide se va a notar en el negocio -le dijo a la desesperada.

Thomson continuó mirándola sin sonreír.

-¿Quiere decir que está cerrando algún acuerdo para la empresa, y que si la despido no lo va a poder finalizar?

Encima se permitía el lujo de ser sarcástico.

-Yo no, pero Douglas Clements puede que sí. Tengo que ir a recogerlo mañana a las cinco de la mañana para llevarlo al aeropuerto. Podría perder el avión y la posibilidad de cerrar algún trato si no aparezco.

Ojalá hubiera podido ver la expresión de su mirada.

-Entonces será mejor que se marche a casa a dormir, ¿no? -comentó al cabo de unos segundos-. Supongo que tendrá que levantarse pronto.

-¿No me despide entonces? -le preguntó-. ¿O voy a hacer solo este encargo y el lunes me despide?

-Sabe que nunca haría eso.

-Lo siento -se disculpó de inmediato. Decidió marcharse de allí cuanto antes, para no decir más tonterías.

Estaba abriendo la puerta del coche, cuando Thomson la agarró por el brazo.

-Está helada -le dijo-. ¿No tiene abrigo?

-No me lo traje.

No hizo comentario alguno. Como hombre acostumbrado a tomar decisiones muy rápidas que era, se quitó la chaqueta y se la colocó sobre los hombros.

Pero Yancie comprobó que Thomson Wakefield tenía el poder de hacerla olvidarse incluso del frío. Se dio la vuelta para abrir la puerta del coche. Pero vio que Thomson la llevaba hacia la otra puerta.

-Conduciré yo -le dijo.

-¿Dónde vamos? -le preguntó ella. No fue una de sus preguntas más brillantes-. Lo que quiero decir es que si me lleva a casa, no podrá volver a la fiesta. Y si se lleva el coche, no podré llevar a...

-No voy a volver a la fiesta.

-¿No? -le preguntó. Ojalá fuera capaz de pensar con algo más de coherencia-. Pero Thomson... Oh, perdone -le dijo, dándose cuenta de que estaba tuteando al dueño de Addison Kirk-. ¿Me pueden despedir por tutearlo? -le preguntó. El se echó a reír sin poder evitarlo. Le encantaba su risa-. Lo siento -continuó diciéndole-. No fue mi intención aguarle la fiesta.

-No se preocupe -le aseguró él, en tono muy tranquilo.

-¿Es que había decidido marcharse de la fiesta? -le preguntó-. ¿O es que al verme salir fue a mi encuentro? ¿No va a volver de verdad a la fiesta?

-No. Voy a conducir el coche hasta mi casa y después se lo lleva usted para poder ir al aeropuerto mañana.

-¿Y dónde ha dejado su Aston Martin?

-Donde lo aparqué -le respondió. Aquello no era ninguna respuesta. Pero Yancie prefirió no seguir interrogándolo.

-Gracias -le dijo.

-¿Por qué?

-Por no despedirme.

El silencio reinó entre ellos durante unos segundos. Cuando estuvieron cerca de donde él vivía, Yancie comentó:

-Bueno, ya estamos cerca de su casa.

-Sí.

-Mi padrastro también vive por esta zona.

-¿Qué tal se lleva con su padrastro?

-Muy bien -le respondió-. Ralph es un cielo. Lo quiero mucho. La única vez que se ha enfadado conmigo fue cuando le dejé el coche a un amigo. Tuvo un accidente y lo destrozó.

-¿Y qué ocurrió?

-La verdad fue que la que más alboroto armó fue mi hermanastra. Me dijo que no se me ocurriera pensar que su padre me iba a comprar un coche nuevo. Le respondí que yo podía comprar un coche nuevo con mis ahorros. Y Estelle me respondió que si no me acordaba que ese dinero también me lo daba su padre. Y... y... -no pudo terminar la frase.

-Y a pesar de estar cuidando de la casa sin recibir un sueldo, supo que ya no iba a poder aceptar más dinero de su padre -terminó Thomson por ella. Yancie giró la cabeza y lo miró.

-¿Cómo es que me conoce tan bien? -le preguntó con la boca abierta.

-No la conozco, pero la voy conociendo cada vez un poco más -le dijo con una leve sonrisa.

Se lo dijo con tanta dulzura que Yancie estuvo a punto de comérselo a besos. Llegaron a su casa. Aparcaron el coche y caminaron hasta la puerta. No quería apartarse de su lado, pero no

sabía qué razón poner para seguir con él.

-Gracias por la chaqueta -le dijo mientras se la entregaba.

Thomson se la quedó mirando. Era una mujer muy femenina.

-¿No está cansada para conducir a estas horas de la noche?

Yancie se lo quedó mirando a los ojos.

-Tenga cuidado señor Wakefield. Cada vez está siendo usted más galante.

-¿Por qué siempre está buscando problemas? -le preguntó, en tono de buen humor.

-La verdad es que no los busco, sino que ellos me encuentran a mí -le respondió riéndose. Su cuerpo sintió un escalofrío.

-No se puede ir a casa así. Será mejor que entre y le dejaré un suéter.

-No se preocupe. En cuanto entre en el coche, entraré en calor.

-Será mejor que entre. No puede ir conduciendo con tan poca ropa como lleva puesta. Puede provocar un accidente. Espere un momento.

Lo observó subir por las escaleras de casa y entrar en el estudio. Cuando salió, llevaba en la mano un suéter de lana que le entregó.

-Prometo cuidárselo como si fuera mío -le dijo con mucha solemnidad-. Buenas noches.

-Póngase el suéter -le dijo él.

-Ah, sí -le respondió. No se lo puso. Se quedó mirándolo, como si la estuviera hechizando-. ¿No me va a dar un beso de despedida? -no se podía creer haberle dicho lo que le acababa de decir. ¿Cómo era posible que estuviera suplicándole un beso?

Thomson la estaba mirando como si no se creyera lo que acababa de oír. Yancie no sabía dónde meterse. Él se fue acercando poco a poco.

Ella se quedó de pie, mirándolo, buscando en su cerebro algo que decir. Thomson le quitó con suavidad el suéter.

-Lo que más me sorprende, Yancie Dawkins, es que conserve todavía la virginidad...

-Yo... -intentó formar una frase, pero su voz se apagó en su garganta. Dejó de desear salir corriendo, al ver que Thomson se acercaba cada vez más a ella.

Le miró sus ojos azules y al ver que ella no hacía más comentarios, la abrazó. Inclinó la cabeza y Yancie cerró los ojos. El

corazón le dio un vuelco cuando sintió sus labios.

Solo se los rozó, pero casi se desmaya. Yancie le puso las manos en la cintura y se agarró a él. Su cuerpo estaba caliente. Al poco tiempo, él separó su boca de forma muy suave.

Yancie lo miró.

-Un buen beso de despedida -murmuró con voz ronca. Tenía que marcharse cuanto antes de allí. Pero no podía, porque Thomson todavía tenía sus brazos en torno a ella y parecía no querer tampoco ir a ningún sitio.

-¿Te importa si te doy otro?

Yancie sonrió. Y por si esa respuesta no bastara, lo abrazó. Al minuto siguiente, Thomson la estaba besando de nuevo, pero en esa ocasión de forma distinta.

Como ella también cooperaba, respondiendo a sus besos, la boca de él empezó a buscar y Yancie se agarró a él con fuerza. Ya la habían besado antes, pero siempre había sabido dónde detenerse. Pero con Thomson estaba sintiendo algo distinto, más cuando en un momento determinado él se la llevó a uno de los sofás. Creyó que iba a perder la cabeza.

De lo único que era consciente mientras Thomson le daba besos en el cuello era de que esa era la salvación que ella había necesitado para la soledad de espíritu que había sentido todos y cada uno de los días que no lo había visto.

De pronto se descubrió en el sofá con él medio tumbado sobre ella.

-Eres muy guapa, Yancie -le susurró. La volvió a besar. Le acarició los hombros y le empezó a quitar las hombreras del vestido.

Estaba dispuesta a ir donde él quisiera llevarla, pero cuando sintió su mano en sus pechos y sus dedos jugueteando con sus pezones, se dio cuenta de que le estaba acariciando por dentro del vestido y no por fuera. Su cuerpo se estremeció.

Se agarró más a su cuerpo y cuando levantó la cabeza lo besó. Cuando sus bocas se separaron, él bajó de nuevo la cabeza y le besó el pecho, le chupó el pezón y se lo lamió con la lengua.

Se sentía como si estuviera suspendida en el aire. No podía reaccionar. Se sentía cada vez más atraída por él. Quería hacer el amor, pero sabía que no podía. Ella estaba enamorada. Pero no

sabía si su amor era correspondido. Sintió su mano en la entrepierna.

-Thomson -susurró. Debió notar la tensión en su voz, porque dejó de mover la mano.

-¿Yancie? -le dijo, apartando su mano y apoyándose sobre el codo.

-Oh Thomson -se lamentó ella-. Ya sé que los dos lo deseamos, pero, pero...

No tuvo que terminar la frase porque en cuanto empezó a colocarse las hombreras de su vestido, él le dijo:

-No estás segura.

No añadió nada más. Thomson se incorporó y la invitó a sentarse a su lado. Ella, sin embargo, deseaba con todas sus fuerzas tumbarse junto a él, sentir la fuerza de su abrazo, sentir sus dos cuerpos unidos en solo uno.

-Lo siento -le dijo ella, sintiéndose cada vez peor-. Supongo que nunca antes te ha ocurrido algo igual.

Thomson sonrió. Yancie sintió como si su corazón fuera a estallar de un momento a otro.

-Contigo Yancie, estoy aprendiendo a esperar lo inesperado -no sabía qué hacer. El se levantó y se fue a por el suéter que había dejado en la silla-. Vamos -le dijo-. Si te vas ahora podrás conseguir dormir todavía un par de horas.

Yancie se levantó del sofá y se puso el suéter.

-Lo siento -repitió mientras Thomson la acompañaba a la puerta.

-¿Estás bien como para conducir? -le preguntó.

-Sí, muy bien -le respondió. El aire de la noche tuvo un efecto tranquilizador en ella. Lo miró-. Buenas noches, señor Wakefield -le dijo. Se miraron y él la besó de nuevo.

Pero en cuestión de segundos, él se apartó y le dijo:

-Vete a casa.

Y Yancie se fue.

CAPÍTULO 6

YANCIE no se podía borrar de la cabeza los besos que Thomson le dio en su casa. No sabía lo que él sentía hacia ella. Por eso prefería no verlo. Quería que fuera él el que diera el primer paso. Sabía que estaba muy ocupado, porque de vez en cuando llamaba para que lo llevaran a algún sitio, pero nunca la llamaba a ella.

Yancie estaba empezando a descubrir que estar enamorada era algo muy doloroso. Estar enamorada la dejaba expuesta al dolor. Al principio no había querido reconocer que estaba enamorada, pero cada día que pasaba se daba cuenta de que era inútil. La noche del sábado fue cuando más se dio cuenta de sus sentimientos. Cuando él se quitó la chaqueta y se la puso sobre los hombros. En ese momento fue cuando lo supo.

Se había enamorado de Thomson y no podía hacer nada para remediarlo. Se estaba dando cuenta de que él era el único hombre con el que quería estar. Sabía que se ofendería si otro hombre intentara besarla de la forma que él la había besado.

Aquel pensamiento la tranquilizó un poco. Porque no solo había descubierto que tenía los mismos deseos que cualquier otra mujer enamorada, sino además que ella no era tan voluble de corazón como su madre, o sus tías. Yancie se dio cuenta de que sus temores habían sido infundados. Ella no era como su madre, no era tan permisiva y nunca lo iba a ser. Estaba enamorada de Thomson y lo sentía como si fuera parte de ella misma.

Sin embargo no estaba dispuesta a entregarse fácilmente. Solo lo haría cuando llegara el momento. Y ese momento había estado a punto de llegar el sábado anterior. De no haber ido a la fiesta no habría estado a punto de hacer el amor con él. Porque hacer el amor con ese hombre significaba todo para ella.

Pero la vida seguía su curso. Había llevado a Douglas Clements al aeropuerto. Matthew Grant le había enviado un ramo de flores, lo cual significaba que habría hecho las paces con su ex. La madre de Fennia seguía enfadada con su hija y Astra trabajaba tanto como de costumbre.

Llegó el viernes y no había sabido nada de Thomson en toda la semana. No la había llamado para que lo llevara a ningún sitio. Parecía como si para él ya no existiera.

Ralph había llamado la noche anterior para que se fuera otra vez a vivir a casa. Estelle había regañado con el ama de llaves, y el ama de llaves se había tenido que marchar. Le dijo que si se sentía molesta por la pensión que le daba, le pagaría por ser el ama de llaves. Pero que aunque no trabajara, le gustaría que se fuera a vivir a su casa. Así que podía conseguir otro trabajo cuando quisiera. No tenía por qué sentirse atada a la empresa de Thomson Wakefield.

Levantó la cabeza del papel que estaba rellenando y vio que se acercaba Kevin Veasey. Sonrió.

-¿Te apetece hacer un viaje a Manchester? -le preguntó.

-Me encantaría -le respondió. Tenía pensado ir de compras durante la hora de la comida, pero ya iría al día siguiente.

-Volverás tarde -le advirtió.

-No importa -sonrió-. ¿A quién tengo que llevar?

-Al señor Wakefield -le respondió. El corazón empezó a latirle con fuerza-. Dile que a la mujer de Frank se le ha adelantado el parto...

-¿Iba a llevarlo Frank?

-No es nada personal -sonrió Kevin-. A Frank no le importaba llegar tarde a casa. Bueno, será mejor que te pongas en marcha cuanto antes.

Estuvo a punto de decirle a Kevin que se marchaba de la empresa, que no estaba dispuesta a llevar a ningún sitio a Thomson Wakefield, aunque él mismo se lo pidiera. Pero no pudo.

-¿Puedo llevarme el Jaguar?

Era otro de esos días tristes y sombríos. Pero para ella era como si brillara el sol. Había echado mucho de menos a Thomson y no lo había visto en toda la semana. Sacó el coche y se dirigió a su casa.

Cuando llegó, no sabía si quedarse en el coche a esperarlo o llamar a la puerta, para verlo antes. Intentó adoptar una actitud lo

más profesional posible.

Se fue a su puerta y llamó. Esperó con un nudo en la garganta.

La puerta se abrió. No la recibió él. Una mujer alta y delgada de unos sesenta años, que parecía que había estado a dieta de vinagre y limones, la recibió. Debía ser su madre. Al ver su uniforme, le ordenó:

-¡Espere en el coche! Mi hijo saldrá en unos segundos -y cerró la puerta.

Era increíble lo grosera que podía ser la gente. Estuvo a punto de llevarse otra vez el Jaguar al garaje y olvidarse de ese trabajo.

Pero no lo hizo. Porque deseaba ver a Thomson con todas sus fuerzas. Se quitó la tarjeta de identificación que llevaba prendida al uniforme y la tiró al suelo.

Recordó que también Thomson le había parecido una persona desagradable la primera vez que lo vio. Pero después lo había visto reírse. Se ponía guapísimo cada vez que se reía...

Yancie prefirió no seguir pensando en él, porque cuando saliera se le iba a estar cayendo la baba. Levantó el teléfono del coche y llamó a Astra.

-Hola, soy yo -le dijo cuando respondió su prima-. Te llamo para decirte que voy a llegar tarde esta noche a casa -le dijo. Astra parecía tener ganas de hablar.

Yancie seguía hablando por teléfono hasta que la puerta de la casa de Thomson se abrió y apareció con un maletín en la mano. Se sonrojó y giró la cabeza para que él no la viera.

Thomson abrió la puerta antes de que ella pudiera terminar la llamada.

-Te llamaré cuando vuelva -le dijo a su prima. Sus miradas se encontraron a través del espejo retrovisor. No parecía que se hubiera levantado de muy buen humor-. Me voy a Manchester. Hasta luego -se despidió de su prima-. Buenos días -saludó a su jefe.

-¿Dónde está Frank?

Ni siquiera le había devuelto el saludo. Sería mejor mantener la calma.

-Es que a su mujer se le ha adelantado el parto -le respondió mientras ponía el coche en marcha.

Thomson miró para otro sitio y empezó a abrir su maletín. Y pensar que había estado deseando verlo durante toda la semana.

Yancie conducía y miraba de vez en cuando por espejo retrovisor. Sus ojos se encontraron de nuevo. Amaba a aquel hombre, pero al mismo tiempo lo odiaba.

-Será mejor que te fijes en la carretera -le dijo.

Cerdo.

-No sabía que vivieras todavía con tu madre -comentó ella, poniendo toda la dulzura que pudo en su voz.

Pero parecía que él estaba decidido a ser desagradable, porque ni siquiera se sonrió.

-Mi madre se está quedando unos días conmigo, porque su casa está en obras.

Yancie abrió la boca para responder, pero vio que él bajaba la cabeza, más interesado en el contenido de su maletín que en lo que ella le pudiera decir. Decidió guardar silencio hasta que él no se dirigiera a ella.

Entró en la autopista. Lo que en un principio fue un día soleado, empezó a nublarse, convirtiéndose poco a poco en un día triste y con niebla. Niebla que se espesaba según iban avanzando hacia el norte.

Kevin le había dicho que el señor Wakefield tenía una reunión a las dos en punto. Hizo todo lo que pudo para llegar a esa hora. El problema era que la niebla cada vez era más espesa y tuvo que extremar las precauciones. Además, había obras en la carretera.

Yancie empezó a ponerse nerviosa, porque sabía lo importante que para aquel hombre era llegar a tiempo a sus citas. Pero en aquellas condiciones no quería ir más deprisa.

Si él hubiera sido más amable con ella, se podría haber disculpado. Pero seguía concentrado en sus papeles y no levantó la cabeza en ningún momento.

Yancie llegó a su destino a eso de las tres menos diez. Estaba agotada y en tensión.

-Voy a salir más tarde de lo que pensaba -le dijo mientras cerraba su maletín.

-Tendré que llamar entonces a cancelar mi cita -le mintió, ella que le había dicho que nunca más le iba a mentir.

Thomson salió del coche sin decir una sola palabra más. Yancie imaginó que no lo iba a ver hasta las siete más o menos. Aparcó el coche y se fue a comer algo. Mientras comía pensó que si salía a las

siete, Thomson no iba a poder cenar. Aunque siempre podrían detenerse en algún sitio a comer algo. En condiciones normales podrían tardar tres horas en llegar a Londres, pero con aquella niebla, no sabía cuándo podían tardar.

Pensó en comprarle algo de comer. Pero decidió que era una tontería. Thomson ya era mayorcito como para cuidarse solo. Seguro que si tenía hambre enviaba a alguien para que le comprara algo.

De todas maneras, compró un par de sandwiches. Dio un paseo y después se fue al Jaguar. Estuvo escuchando las noticias en la radio y las previsiones del tiempo no eran nada halagüeñas. A las seis y media se dirigió al lugar donde Thomson estaba reunido y esperó fuera.

Llevaba allí veinte minutos cuando las puertas se abrieron y salió Thomson acompañado por otros hombres de negocios. Se despidieron y él se dirigió hacia el coche.

Como no había contestado al saludo de la mañana, prefirió no decirle nada cuando entró en el coche. La niebla había empeorado. ¿Debería decirle que habían cortado la carretera, o callárselo?

Arrancó el coche. A los pocos kilómetros él le ordenó.

-Aparca donde puedas -todavía no habían salido de la ciudad. La visibilidad era casi nula. Yancie condujo hasta encontrar un sitio donde poder detenerse. A lo mejor se había olvidado de algo y tenía que dar la vuelta. Pero no era eso-. Déjame que conduzca yo -le dijo.

-No -le respondió. Pero de nada le sirvió, porque ya se había bajado y estaba esperando a que ella le dejara su sitio. Se imaginó que estaba cansado y no quería discutir. En circunstancias normales, le habría dado igual. Pero el amor hacía que una tuviera comportamientos inesperados-. Yo soy la conductora.

Pero a los pocos segundos estaba en el asiento de al lado del conductor. Aquello ya se estaba convirtiendo en un hábito. Vio que se dirigía a la autopista.

-Me temo que vamos a tener que ir por otro sitio -le informó-. He estado escuchando las noticias y han dicho que la autopista está cerrada por la niebla -por respuesta solo obtuvo un gruñido. A lo mejor si estaba callada, él la dejaba conducir cuando se cansara.

Sin embargo, no ocurrió eso. Llevaban conduciendo una media

hora a paso de tortuga, cuando vieron las luces de un hotel.

-Es una tontería seguir -anunció Thomson.

Yancie estaba completamente de acuerdo. Al paso que iban llegarían a Londres al día siguiente al medio día, con suerte. Thomson entró en el aparcamiento del hotel con mucho cuidado y detuvo el coche. Cuando salió, Yancie hizo lo mismo. Los dos se dirigieron hacia el hotel. Pidió un par de habitaciones, pero no quedaba ninguna libre.

-A unos dos kilómetros de aquí está el hotel Gainsborough. Puede que allí tengan habitaciones -les informó la recepcionista.

-¿Sabe su número de teléfono? -preguntó Thomson, con una sonrisa encantadora.

-¿Quiere que llame yo? -se ofreció ella.

Reservaron las dos únicas habitaciones libres que quedaban en el hotel. Después se fueron de nuevo al coche.

-¿Quieres que conduzca yo? -le preguntó Yancie.

-No -le respondió él con un gruñido.

Increíble. Era encantador con todo el mundo menos con ella. Prefirió mantener la boca cerrada mientras él conducía entre aquella niebla tan espesa. Cuando llegaron al hotel, el aparcamiento estaba repleto.

-Entra mientras yo busco un sitio para aparcar -le ordenó, colocando el coche en la entrada del hotel.

Yancie se bajó y entró en el hotel. Estaba receto de gente. Al parecer todo el mundo había parado por culpa de la niebla. Había un ambiente festivo. En la recepción había dos chicas atendiendo a los clientes. Yancie se puso detrás de una pareja que estaba preguntando si había alguna habitación libre para pasar la noche.

-Tenemos dos habitaciones reservadas a nombre del señor Wakefield -empezó a decir Yancie. La recepcionista le entregó dos llaves y unas tarjetas de registro.

Había empezado a rellenarlas cuando al lado de ella oyó:

-¿No queda ninguna habitación? Pues a mi mujer le acaban de operar de la cadera y no creo que pueda aguantar más en el coche.

Yancie dejó de escribir y esperó a que la recepcionista tratara de encontrar una habitación para aquella pareja. Pero al parecer no pudo.

-Lo siento mucho -se disculpó-. Todas las habitaciones están

ocupadas. Esta noche se va a quedar gente durmiendo hasta en el salón. Le prometo que no queda ninguna habitación, pero si quieren quedarse en el salón...

Yancie no pudo seguir oyendo. Extendió su mano y le ofreció la llave al señor.

-Tome, yo solo necesito una habitación -le dijo sonriendo.

Seguro que a Thomson no le importaba dormir en cualquier sitio. Le pidió a la recepcionista si tenían pasta de dientes y la muchacha muy solícita al ver la generosidad que había demostrado, le dio hasta un cepillo.

Yancie le dio las gracias. Cuando se alejó de la recepción llegaba otra pareja solicitando también habitación. Con la llave en una mano, se fue a esperar a Thomson. De pronto empezó a sentirse un poco incómoda por haber dado una de las habitaciones. Pero no estaba arrepentida. Seguro que él lo entendía, cuando le explicara que se trataba de una pareja de personas mayores y que la mujer estaba enferma.

Con sus ojos clavados en la puerta, Yancie vio a Thomson entrar con el maletín en la mano. Se sintió como si le acabara de hacer un favor. Seguro que no le importaba pasar la noche en un sillón. Al fin y al cabo era un hombre muy trabajador.

-Ya he rellenado la tarjeta de registro -le dijo, cuando lo vio dirigirse a la recepción-. Tengo las llaves -añadió. ¿Había hablado en plural?

Por suerte otras personas los acompañaban en el ascensor. Cuando las puertas se abrieron, Thomson salió. Ella se fue a su habitación y él con ella. Se detuvo frente a la puerta. Sabía que se lo tenía que decir cuanto antes. Sobre todo porque ya había introducido la llave en la cerradura. Thomson espero a que abriera la puerta. Yancie se dio la vuelta y lo miró.

-La cosa es... -empezó a decir. Thomson entrecerró los ojos. Sabía que lo que le iba a decir no le iba a gustar.

-¿Qué? -le dijo él, al ver que ella permanecía en silencio.

-Que he dado una de las habitaciones -le comunicó.

Se quedó mirándola fijamente. Tan solo se quedó mirándola. Pasaron los segundos. Al cabo de un rato le dijo.

-¿Qué has dicho?

-Que he dado a otras personas tu habitación -le repitió.

Durante al menos otros tres segundos Thomson continuó mirándola, como si no se creyera lo que acababa de oír. Después, giró la llave, abrió la puerta y entró en la habitación.

-¿Qué...? -exclamó ella, caminando tras él.

Se dio la vuelta y le respondió:

-Creo que estás confundida -le dijo-. Has dado tu habitación.

-No me digas eso, Thomson -estaba agotada, igual que él-. Tú hubieras hecho lo mismo.

-No, yo no.

-Es que era una pareja de ancianos y la mujer acababa de ser operada. Le ofrecieron un sillón de oficina. Seguro que a ti no te importa quedarte por una noche en un sillón de oficina. Podrías trabajar toda la no...

-Yo me quedo con la cama -le dijo, sin dejarla terminar.

-¡De eso nada! Me la quedo yo -insistió ella. No le gustó nada la forma en que la estaba mirando.

Thomson miró después la cama de matrimonio y otra vez a ella. Definitivamente tenía un tono burlón en su mirada.

-Aunque bien pensado la podemos compartir -estuvo a punto de darle una bofetada.

-¡Asqueroso! -le insultó a su jefe-. Sabes que podríamos hacer, algo que yo no quiero hacer.

Thomson sonrió de forma poco sincera y Yancie se dio cuenta de que se lo había dicho solo para provocarla. Porque seguro que no la iba a volver a besar de la misma forma que la había besado. Y ella nunca más le iba a pedir que le diera un beso de buenas noches.

Pero podía ser tan astuta como él.

-De todas maneras, si insistes, podría incluso compartir la habitación contigo -le dijo.

-¡De eso nada! -le espetó él, como ella había pensado. Sin embargo su respuesta la puso furiosa.

-Parece que no me vas a dejar mostrarte mi lado perverso.

Thomson se mantuvo en silencio durante unos segundos. Parecía estar sopesando su respuesta. Debía saber que el hotel estaba abarrotado y que no iba a poder conseguir una habitación.

-Como empieces a poner problemas te despido -le dijo al cabo de un rato.

Yancie se enfureció al oír aquella respuesta.

Después, Thomson puso su maletín en la mesa. Parecía dispuesto a compartir la habitación con ella.

Yancie no tuvo más remedio que reconocer que era lo más lógico, pero estaba dispuesta a dejar las cosas claras desde el principio. En primer lugar la cama era de ella y no estaba dispuesta a compartirla.

-Muy bien -le dijo-. He preguntado en recepción si podíamos cenar, pero al parecer se les han acabado las existencias -mintió-. Pero podría cambiarte la cama por un sándwich de queso.

-De acuerdo -le dijo él. Al parecer Thomson había decidido desde el principio que ella se acostara en la cama, pensó Yancie con cierto sentimiento de culpa.

Apartó su mirada y miró el teléfono que había al lado de la cama.

-Seguro que se habrán llevado también las mantas -comentó ella-. Sería conveniente traer la que hay en el maletero del coche.

-¿Algo más?

¿Estaría ironizando? Seguro que sí.

-¡No te olvides de llamar a tu madre! -le recordó mientras se iba al cuarto de baño, convencida de haberle oído reírse. Sintió un odio repentino hacia él.

Se lavó la cara por hacer algo y después se lavó los dientes. En ese momento se dio cuenta de que estaba enamorada de él. Todo su odio se desvaneció por los aires.

Se fue a escuchar a la puerta. Todo estaba en silencio. Abrió la puerta del cuarto de baño. Thomson no estaba. Seguro que se había ido al coche a recoger la manta.

Yancie sacó los sandwiches de su bolso, desenvolvió uno y se lo comió, dejando otro para él. Miró al reloj. No se podía creer que ya fueran las nueve y media. Tenía que llamar a casa.

-Ya he oído que las carreteras están cortadas por la niebla -le dijo Fennia cuando Yancie le comunicó que no iba a dormir-. Seguro que mañana por la mañana podéis continuar el viaje.

Yancie colgó el teléfono confiando en que Fennia estuviera en lo cierto. Porque no sabía muy bien cómo iba a poder soportar pasar la noche teniendo a Thomson en la misma habitación. Una segunda noche con él era impensable.

¿Dónde estaría? No se tardaba tanto en recoger una manta de un

coche. De pronto se acordó que le había dicho que en el restaurante no servían comidas. Si se le ocurría mirar se iba a dar cuenta de que le había mentido, con lo cual sería él el que se quedaría con la cama.

Miró a su alrededor. No podía cerrar la habitación con llave porque él se la había llevado. Y no sería digno poner una silla en la puerta para que no pudiera entrar.

Se volvió a cepillar los dientes, se quitó la falda y la chaqueta y las colgó. Pensó en dormir en camisa, pero decidió quitársela, sobre todo porque no se había llevado ninguna camisa limpia y se iba a arrugar. Además sabía que Thomson era un hombre que ni se le pasaba por la cabeza aprovecharse de ella. Se quitó también el sujetador. Pero prefirió no dormir completamente desnuda y se quedó con las bragas.

Oyó el ruido del ascensor y se metió en la cama. Al cabo de los pocos segundos se levantó y apagó la luz. Después descubrió que no había motivos de preocupación, porque las voces que se oían en el pasillo no eran las de Thomson.

Intentó dormirse, pero no lo consiguió. Estaba demasiado en tensión. Alrededor de la medianoche Thomson volvió. El corazón empezó a latirle con fuerza.

No encendió la luz. Lo vio en la oscuridad. Era tan alto y el sillón en el que iba a dormir tan pequeño. Si hubiera tenido algo encima, se habría levantado y le habría dicho que se acostara él en la cama. Pero por pura timidez y pudor se quedó donde estaba.

Pasaron los minutos y el único ruido que se oía de vez en cuando era el de Thomson acomodándose en el sillón. Yancie se quedó mirando a la luz que se introducía por la puerta procedente del pasillo. Sus ojos se habían acostumbrado a la oscuridad y la habitación parecía iluminada.

Le entró el sueño y cerró los ojos. Más o menos a las dos de la mañana se quedó dormida. A las tres se despertó, pero no fue el ruido del sillón lo que la despertó, sino el cuerpo de Thomson a su lado. Al parecer se había cansado y se había ido a la cama.

No se alarmó, sino que se puso contenta. Era la solución más razonable. Sintió deseos de decírselo, pero prefirió no hacerlo. Probablemente se levantaría antes que ella y fingiría no haberse dado cuenta.

Era extraño haberse imaginado que iba a ponerse furiosa por compartir cama con él, aunque ella estaba metida en la cama y él no. Pero empezó a preocuparse por él, porque la manta del coche no era muy grande y casi ni le cubrían los pies.

Estaba pensando en sus pies cuando se quedó dormida de nuevo. No se despertó hasta que no sintió una pierna desnuda al lado de la suya.

Abrió los ojos y vio que ya había amanecido. Thomson se había metido en la cama con tan poca ropa como la que ella llevaba.

De pronto le entró pánico. El pecho desnudo de Thomson rozaba su pecho izquierdo y su rostro estaba pegado al de ella. Incluso podría haberlo besado. Aunque estuvo más tentada de morderle que de besarlo.

Se sentó en la cama y tiró del edredón. Thomson abrió los ojos al instante.

-¿Cómo has podido...? -le gritó.

Thomson se sentó en la cama también. Ella era la que tenía casi todo el edredón. Al verle medio cuerpo desnudo, casi le da algo.

-No sabía que lo hubiéramos hecho.

-¡No te hagas el listo conmigo! -exclamó-. ¿Cómo te has atrevido a meterte en la cama conmigo?

-Porque estaba harto del sillón y necesitaba estirarme. No tuve más remedio que venirme a la cama.

-Sí, pero no tenías por qué haberte metido en la cama -le dijo, deseando sacarle a empujones. Pero no lo hizo porque sabía que estaba desnudo.

-Tranquilízate un poco -le ordenó Thomson-. Apagaron la calefacción. Estaba helado. ¿Crees que después de lo que pasó la otra noche, iba a querer repetir lo que no ocurrió?

-En cuanto me vista, haya niebla o no haya niebla, me voy de aquí.

Le quitó todo el edredón, se lo puso como si fuera una capa y se fue al cuarto de baño. Las lágrimas le arrasaron los ojos. Intentó tragárselas. Nunca labia tenido las emociones tan a flor de piel. No quería estar nunca más enamorada. ¿Cómo se le había ocurrido hablarle de esa manera?

Se sentó en la bañera, con el edredón sobre sus hombros. Se quedó pensando. Seguro que él se levantaba, se vestía y se iba a

tomar un café.

Se le pasó por la mente vestirse, tomar el Jaguar y dejar allí a Thomson colgado. Solo el cielo sabe por qué no lo hizo. El principal problema era que él tenía las llaves del coche. Además de que si lo dejaba allí colgado, seguro que iba a perder su trabajo. Y pasara lo que pasara ella quería seguir teniendo ese empleo.

Se levantó y echó el pestillo en el cuarto de baño. Podría tener la llave del coche, pero no iba a poder entrar en el cuarto de baño. La única pega era que era un poco aburrido quedarse allí sin hacer nada.

Oyó el ruido de una puerta y pensó que seguramente sería la de la habitación. Abrió la puerta del baño todavía con el edredón sobre sus hombros. Miró fuera y vio que Thomson no estaba.

Entró en el cuarto de baño otra vez y abrió los grifos de la bañera. Tenía tiempo suficiente para darse un buen baño.

Cuando salió se sentía un poco más tranquila. Le extrañó incluso haberse alterado de aquella manera. El dolor había sido el causante de su comportamiento. Estar enamorada alteraba las emociones.

Además, el amor la había convertido en una mentirosa. No es que le hubiera mentido a Thomson sobre cosas importantes. Tan solo habían sido mentirijillas.

Yancie no había querido nunca herir sus sentimientos. Estaba resolviendo comportarse bien con él cuando de pronto la puerta del cuarto de baño se abrió. Thomson apareció en la puerta desnudo de medio cuerpo para arriba.

-¡Había cerrado la puerta! -gritó. ¿Dónde estaría la toalla?

Se quedó mirando su cuerpo como si la tuviera hipnotizada.

-Como no se te oía, pensaba que te habías ido a desayunar -le explicó Thomson.

Yancie vio la toalla puesta en el toallero, a unos metros de ella. Salió de la bañera. Cuando puso el pie en el suelo vio que el edredón se había caído y lo estaba pisando.

-¡Oh! -exclamó cuando vio donde estaba. Intentó dar unos pasos, pero se enganchó con la tela y se cayó.

No llegó a caerse al suelo porque los brazos de Thomson se lo impidieron. Yancie se agarró a él. Y de pronto la levantó en sus brazos, poniéndole una de sus manos en el trasero.

-¡Thomson! -exclamó asustada. Parecía que él se había dado

cuenta de dónde tenía la mano puesta.

-Yancie -respondió él en un tono que parecía indicarle que no podía hacer nada por evitarlo. Al minuto siguiente, él inclinó la cabeza y sus labios se encontraron.

Fue un beso maravilloso. Yancie quería más.

Pero Thomson empezó a retirar su cuerpo. Yancie hizo lo mismo, pero estaba hambrienta de besos.

-Esto es una pesadilla -le dijo con voz ronca.

Quería ayudarlo, pero no sabía cómo.

-No sé qué hacer -se quejó ella.

Lo vio tragar saliva.

-Supongo que me estás invitando a que yo te lo diga.

-¡No he querido decir eso! -le respondió.

-Ya lo sé -replicó él, sonriéndole de una manera que casi se le doblan las piernas-. Debería dejarte marchar -parecía que estaba hablando consigo mismo-. Pero...

-¿Pero? -le preguntó Yancie, con sus ojos clavados en los de él. Deseaba sentir su boca otra vez. Vio cómo él acercaba de nuevo su cabeza. Volvió a besarla. Era una sensación tan deliciosa que sintió ganas de llorar.

La besaba mientras le acariciaba la espalda. Estaba a punto de perder la cabeza de puro placer.

Le besó el cuello. Ella se abrazó a él, sus pechos desnudos se aplastaban contra el pecho de Thomson.

-¡Thomson! -exclamó ella.

-Yancie, Yancie -suspiró él. Lo besó y sintió sus manos en su trasero, en su espalda y poco a poco las fue subiendo para acariciarle los pechos. Sus pezones se endurecieron.

Se agarró a él con más fuerza. No quería pensar. Solo deseaba sentir. Lo deseaba a él. Thomson la volvió a besar. Después agarró sus pechos y se los acarició otra vez.

Cuando inclinó su cabeza y empezó a chuparle los pezones, Yancie alcanzó cotas increíbles de deseo. Estaba atormentándola lamiéndole los pechos.

-Oh, Thomson -murmuró, agarrándose otra vez a él.

-Te deseo -le dijo él.

-Y yo también -le respondió ella con voz temblorosa. Debía estar temblando, porque él le agarró los brazos y trató de tranquilizarla.

Poco a poco separó su cuerpo.

-Es mejor no seguir adelante -le dijo apartándose de ella.

-Es posible -susurró Yancie. A pesar de estar deseando quedarse junto a él, sin saber muy bien de dónde, sacó fuerzas para dar un paso hacia dirás. Thomson hizo lo mismo-. Puede que te parezca extraño después de lo que hemos hecho, pero ¿te importaría cerrar los ojos hasta que salga del cuarto de baño?

Vio su sonrisa. Sintió que no quería estar en otro sitio más que entre sus brazos. Estiró una mano, sacó una toalla y se la puso alrededor del cuerpo.

-Vete Yancie -le dijo-. Antes de que me arrepienta.

Ella quería quedarse. Quería besarlo de nuevo. Pero prefirió marcharse.

CAPÍTULO 7

ASTRA le preguntó esa tarde si estaba bien. Hacía una semana, Fennia le había hecho también la misma pregunta. Yancie se dio cuenta de que no podía seguir en aquel estado de ensimismamiento.

-Sí, estoy bien... -empezó a responder. Miró para arriba y vio a sus primas mirándola con cara de preocupación-. La verdad es que no -admitió. Sus primas le preguntaron cómo podían ayudarla-. He cometido la estupidez de enamorarme de este hombre y no me lo puedo quitar de la cabeza.

-¡Oh, Yancie! -exclamó Fennia.

-¿Y él qué piensa? -preguntó Astra, la más práctica de las tres.

-Pues como si no fuera la cosa con él -respondió Yancie.

-No me lo puedo creer -exclamó Fennia-. Todos los que te conocen se enamoran de ti -añadió. Las tres se echaron a reír.

-Eso díselo a él -dijo Yancie.

-¿A Thomson Wakefield?

-¿Cómo sabes que es él?

-Pues porque cada vez que lo llevas a algún sitio vienes cambiada -respondió Astra.

-¿De verdad? Pues me parece que ya no lo voy a llevar nunca más -comentó Yancie. La última vez que lo vio fue cuando lo llevó a su casa. Después, como si nada entre ellos hubiera pasado, le dijo que llevara el Jaguar al garaje.

-¿No quieres hablar de ello? -le preguntó Fennia. Yancie movió la cabeza. Sus primas le dijeron que contara con ellas para todo lo que fuera necesario. Astra le propuso salir a tomar algo. Según ella ningún hombre merecía tanto la pena como para quedarse un sábado por la noche encerradas en casa.

Yancie hubiera preferido quedarse. Quería estar sola. Pero Astra

tenía razón. Tenía que salir y tratar de olvidarse de Thomson. Pero no sabía cómo.

Después de la precipitada salida del cuarto de baño, se había vestido, maquillado y peinado. Al mirar por la ventana había visto que el tiempo había mejorado. Había salido de la habitación y se había ido a esperar a Thomson al comedor del hotel.

No tuvo que esperar demasiado. Pensaba que se iba a poner nerviosa al verlo, después de lo que había ocurrido en el cuarto de baño, pero nada más ver la expresión de su cara se dio cuenta de que estaba arrepentido.

-Conduciré yo -le dijo, en tono un tanto frío. Ella ni rechistó.

Lo malo era que incluso se había imaginado que él le iba a pedir verse después del trabajo, para así conocerse un poco mejor. Nada más lejos de la realidad. Estaba claro que físicamente ella le atraía, pero parecía querer demostrarle de forma evidente que no estaba interesado en ella.

Lo que no entendía era por qué no podía quitárselo de la cabeza. Estaba claro que él no pasaba ni un solo segundo pensando en ella.

Sin embargo, en eso Yancie estaba equivocada. A eso de las cinco de ese mismo día, mientras pensaba dónde iba a ir esa noche con Astra y Fennia, el teléfono sonó.

Fennia estaba en el cuarto de baño y Astra en su estudio. Yancie respondió el teléfono.

-¿Hola?

-Thomson Wakefield -anunció. Solo pensar que a lo mejor la llamaba para quedar con ella, se le secó la boca. Pero no la llamaba para quedar con ella-. Necesito que me lleves a un sitio -le comunicó-. ¿Puedes recogerme a eso de las siete?

Estuvo a punto de decirle que ella no era Yancie, que Yancie había salido con un chico y que no iba a volver hasta la mañana siguiente. Estuvo a punto, pero tan enamorada estaba de aquel bruto, que no se lo pudo decir.

-Claro -le respondió, intentando mantenerse en calma-. ¿Dónde tengo que llevarte? ¿Tengo que estudiarme la ruta?

-No, voy a ir a un recital que no está muy lejos. Te diré dónde cuando vengas.

-Muy bien -le respondió y colgó.

Se arrepintió de haberle dicho que sí. Lo que tendría que haber

hecho era decirle que dejaba de trabajar en su empresa y que si quería ir a algún sitio que se fuera él sólito. Si no hubiera estado tan enamorada de él se lo habría dicho. Pero el amor la había debilitado.

Yancie fue a ducharse al otro cuarto de baño que había en la casa. Se lavó el pelo y se puso un traje color oscuro y una camisa blanca. Cuando salió, sus primas estaban en la cocina tomando el té.

-Me parece que no voy a poder ir con vosotras esta noche -les dijo.

-¿Por qué?

-Ha llamado mi jefe. Tengo que llevarlo a un sitio -les explicó Yancie.

-¿Es ese el nuevo uniforme? -le preguntó Astra sonriendo, sabiendo a la perfección quién era m jefe.

Yancie se echó a reír también, lo mismo que Fennia. Yancie se fue del apartamento. Mientras laminaba hacia el coche pensó que Thomson debería saber que no había llevado el Jaguar al garaje como le había ordenado. Yancie había pensado levarlo el lunes.

Cuando llegó a su casa, salió del coche y se fue a llamar al timbre. Intentó mantener una actitud sosegada. Podría ser que le abriese la puerta el ama de llaves, pero también podía ser que fuera Thomson, o incluso su madre.

Cuando se abrió la puerta, lo vio vestido con un traje muy elegante, camisa blanca y pajarita. Nada más verlo, el corazón le dio un vuelco.

Él pareció sorprenderse. Debió ser por la forma que ella iba vestida, distinta a cómo la había visto la última vez.

-Es que tengo el uniforme en la tintorería -mintió.

-¿Vamos? -le dijo. Yancie casi se cae al suelo, cuando él añadió-. Primero tengo que recoger a la chica con la que he quedado.

Yancie se dio la vuelta para que no le viera la cara. Sintió una punzada en el corazón. Se mantuvo en pie solo por amor propio. Se lo tenía merecido. Aquello le había pasado solo por haber accedido a prestarle ese servicio.

Pero peor se sintió cuando comprobó que la chica con la que había quedado era una mujer muy elegante y sofisticada de unos treinta años. Aunque no era muy guapa, sí tenía cierto encanto que

gustaba a los hombres, entre los que obviamente se encontraba Thomson Wakefield.

-Es muy amable renunciando a salir el sábado por la noche solo para llevarnos -le dijo la mujer a Yancie desde los asientos de la parte de atrás, demasiado pegada a Thomson para su gusto.

-El señor Wakefield me pilló en casa sin nada que hacer -le respondió Yancie. Al ver la mirada que le dirigía su jefe, miró para otro sitio. Aquella situación cada vez la estaba poniendo más furiosa. No entendía cómo después de haberla tenido desnuda entre sus brazos se atrevía a imponerle la presencia de aquella mujer.

Siguió sus indicaciones y se metió por el camino por el que se llegaba a una mansión. Había otros coches muy elegantes aparcados. Al principio Yancie se alegró al ver que no podía aparcar frente a la casa. Era una noche fría. De esa manera, Julia que era como se llamaba, tendría que caminar un poco. Aunque al pensar que se iba a agarrar del brazo de Thomson, decidió dar otra vuelta y aparcar en doble fila frente a la casa.

Detuvo el coche y oyó a Julia decir que el recital acabaría a las once. Thomson salió y se dirigió a abrirle la puerta. Yancie estaba celosa. A continuación Thomson se acercó a su puerta, pero ella no esperó a que le dijera lo que le tuviera que decir, porque arrancó y se fue.

Una hora más tarde, cuando se calmó un poco pensó en volver. No sabía por qué había reaccionado de aquella manera. Lo único que podía conseguir era perder su puesto de trabajo y nada más.

Yancie encontró un aparcamiento. Después de dejar el coche se bajó y se fue a dar un paseo. Hacía mucho frío. Pasó al lado de un Rolls Royce y vio la gorra de un conductor dentro.

Ya había decidido no volver al coche a congelarse hasta que acabara la cena que iban a celebrar después de la función. Decidió irse donde todos los conductores se iban cuando hacía frío.

Cuando llegó encontró solo a tres de ellos en la cocina.

-Debes estar hambrienta -dijo el ama de llaves cuando Yancie le explicó quién era-. En cuanto termino esto te preparo la cena.

Yancie pensó que la vida de chófer no era tan mala, sobre todo después de la opípara cena que le habían dado. Cuando terminó se sentó junto a Jerry, otro conductor, quien sacó un paquete de cartas.

Estuvieron jugando a las cartas alrededor de una hora, hasta que Mick comentó:

-Eres una chica muy maja, Yancie. Pensé que ibas a ser un poco más estirada cuando oí tu acento, pero la verdad es que eres muy agradable.

-Gracias -contestó ella aceptando el cumplido-. Tú también lo eres.

Una hora más tarde una de las ayudantes del ama de llaves entró en la cocina y les dijo que los invitados estaban empezando a marcharse.

-Hasta luego Mick. Hasta luego Yancie -les dijo Jerry abandonando el juego.

Era la señal para que los tres regresaran a sus coches. Yancie estaba al volante cuando Thomson y su acompañante de esa noche salieron. Yancie dejó que fuera él el que le abriera la puerta a su querida Julia.

-Qué bien que has puesto la calefacción -comentó Julia cuando Yancie arrancó el coche-. Espero que no hayas tenido que esperar ahí fuera todo este tiempo.

-No, no -respondió Yancie-. He estado jugando al poker en la cocina con mis compañeros.

Yancie oyó a su jefe toser. Ojalá hubiera pillado la gripe. Al poco tiempo llegaron a la casa donde vivía Julia.

El la ayudó a salir del coche y después metió la cabeza por la ventanilla del conductor. Antes de que él pudiera abrir la boca, Yancie le preguntó:

-¿Quiere el señor que espere? -estuvo por preguntarle si se iba a quedar a pasar la coche.

-¡Espera aquí! -le ladró y llevó su acompañante hasta el edificio.

Yancie se quedó mirándolos a los dos, agarraditos del brazo. Estuvo a punto de marcharse y dejarlo colgado. Pero prefirió quedarse.

Sintió como si le quitaran una tonelada de peso de encima cuando al minuto siguiente vio a Thomson salir del edificio. Si le había dado un beso de despedida, no había sido un beso muy largo.

Yancie decidió no imaginárselo besando a otra mujer. En cuanto se subió, Yancie arrancó y pisó el acelerador a fondo.

-Ten cuidado con la carretera -le ordenó desde la parte de atrás.

La carretera tenía hielo y estaba muy peligrosa.

Yancie se tuvo que concentrar tanto en la conducción que no le dio tiempo para pensar en nada más.

Iban por una carretera acercándose a un cruce, cuando Yancie empezó a sentirse un poco más tranquila con su jefe. Justo en el momento en el que estaban pasando por el cruce vieron a otro coche acercase a ellos a toda velocidad. Yancie frenó. Las ruedas patinaron. Solo tuvo tiempo de gritar:

-¡Thomson!

Después estuvo sin escuchar sonido alguno durante bastante tiempo.

Sintió un fuerte dolor de cabeza. Yancie se despertó y vio que estaba en el hospital. Abrió los ojos y vio a una enfermera que le estaba limpiando la cara.

-¿Dónde estoy? ¿qué...? -intentó decir.

-No se preocupe, está bien -le aseguró la enfermera-. Está en el hospital. Ha sufrido un accidente, pero ha tenido mucha suerte. Tiene algunas contusiones, pero por lo demás está bien.

-¿Y Thomson? -exclamó presa del pánico-. ¿Dónde está? -el miedo la tenía paralizada. Si había muerto, ella quería morirse también.

Pero Thomson no había muerto. Aunque no había salido tan bien parado del accidente como ella. Los habían llevado al mismo hospital, pero él seguía inconsciente y estaba en la unidad de cuidados intensivos.

Yancie le pidió a la enfermera que la dejara ir a verlo. Le dijo que sí, pero no la llevaron. De hecho, hasta el día siguiente no pudo verlo y solo porque la acompañaron sus dos primas.

La estuvieron visitando muchas personas todo el día. Su madre, Ralph, su tía Delia y su primo Greville, que llevó a Astra y a Fennia.

-Me gustaría ir a ver a Thomson -les dijo Yancie-. ¿Sabéis alguno donde está la unidad de cuidados intensivos?

-Voy a averiguarlo -se ofreció voluntaria Fennia.

Yancie se levantó. Le dolía todo el cuerpo.

-Creo que me vas a tener que ayudar a levantarme -le dijo a Astra.

-Espera un minuto -le dijo Astra y desapareció. Al cabo de unos minutos volvió con una silla de ruedas-. Tendremos que devolverla

pronto -le dijo su prima-. La he robado de la sección de radiografías.

En ese momento volvió Fennia y dijo que ya sabía dónde estaba la unidad de cuidados intensivos, pero que solo dejaban entrar a la familia más directa. Entre Fennia y Astra la llevaron allí. Cuando salió la enfermera, sus primas le dijeron:

-Esta es Yancie Dawkins, una amiga de Thomson Wakefield. Le gustaría verlo.

La enfermera miró a las tres de arriba abajo.

-Un momento -les dijo. Después tomó la silla de ruedas y les ordenó a sus primas-. Ustedes esperen aquí.

Si hubiera podido sonreír, habría sonreído a la enfermera. Pero estaba tan preocupada por Thomson que no podía pensar en otra cosa.

Cuando lo vio, el corazón le dio un vuelco. Estaba totalmente entubado y controlado por dispositivos electrónicos.

Los ojos se le arrasaron de lágrimas. Estiró su mano y le acarició la que tenía puesta encima de una sábana.

-Bueno, vamos -le dijo la enfermera. Yancie la miró-. Es un hombre fuerte -le dijo. Yancie lo volvió a mirar y la enfermera la acompañó hasta donde estaban Astra y Fennia.

Los días siguientes fueron una pesadilla para Yancie. No podía llorar, porque pensaba que si lloraba era como poner en duda que Thomson se iba a recuperar. Estaba segura de que se iba a poner mejor. Seguro.

Yancie lo vio otras dos veces más en esos días y las enfermeras le mantenían informada de su evolución. La madre de Thomson lo iba a visitar todos los días. Greville también había logrado verlo. Pero su primo no sabía que estaba enamorada de Thomson. Para que no se preocupara le dijo que ella no había tenido la culpa del accidente.

-No fue culpa tuya -le aseguró. Ella solo recordaba el momento en el que Thomson se metió en el coche después de despedirse de la chica con la que había salido esa noche-. Y el otro conductor solo se ha roto un brazo. Puede que lo condenen por conducir de forma temeraria.

El único que había salido mal parado había sido Thomson. Y su preocupación por él la estaba volviendo loca. Pero poco a poco empezó a mejorar. Nicola Stewart, la enfermera que había estado a

su lado cuando recuperó la consciencia, regresó una tarde después de la hora de la comida y le dijo que Thomson había abierto los ojos y estaba en el mundo de los vivos. Yancie casi se pone a llorar de alegría.

-¿Puedo verlo?

-Vas a conseguir que me despidan.

-No tienes por qué llevarme tú. El ejercicio me vendrá bien. El doctor Jordán estaba hablando de que a lo mejor me podría ir a casa el viernes.

-Pero tendrás que volver a rehabilitación por ese hombro -le dijo Nicola Stewart-. Lo mejor es que vayas a la hora del té. A esa hora no habrá nadie por allí.

Yancie esperó hasta esa hora con paciencia, feliz de no tener ese día visitas. Se duchó, se cepilló el pelo, se pintó los labios y se fue a verlo.

Cuando llegó a la unidad de cuidados intensivos, miró por las cristaleras y el corazón le dio un vuelco al ver que la cama en la que había estado él, estaba ocupada por otro hombre.

Intentó controlar el pánico que le entró, razonando que si estaba mejor lo habrían trasladado a otra habitación. Se ajustó la bata que llevaba puesta y se fue a buscarlo.

Lo encontró no muy lejos. Abrió la puerta de la habitación. Estaba despierto. No sabía qué decirle. Se acercó a la cama.

-Supongo que este accidente ha puesto fin a mi profesión de conductora -le dijo. Su corazón se llenó de alegría al ver que él le sonrió.

-¡Yancie! -exclamó. Se le veía agotado. Parecía que se alegraba de verla. Se acercó un poco más. Se sentó en la silla y le dio la mano-. Me dijeron que tú estabas bien -le dijo. Solo el esfuerzo que tenía que hacer para hablar, le consumía su energía-. Pero...

-Estoy bien -le aseguró. Le alegró mucho que él hubiera preguntado por ella, en el poco tiempo que llevaba consciente.

Thomson sonrió y apretó su mano. Estuvo a punto de besarlo, abrazarlo.

-¿Y tú cómo has logrado esquivar a las enfermeras?

-Te prometo que me han dejado levantarme y venir a verte.

Yancie se echó a reír. Poco a poco vio que él empezaba a cerrar los ojos. Empezó a levantarse. Pero se tuvo que sentar otra vez al

ver que los abría de nuevo.

-Prométeme una cosa.

-Lo que quieras.

-Prométeme que vas a casarte conmigo -le dijo.

Yancie se quedó boquiabierta. Debía haber oído mal. Thomson fue cerrando poco a poco otra vez los ojos y se quedó dormido.

Yancie se quedó sentada, agarrada a su mano. Estaba segura de haber oído bien. Seguro que sí. Le había dicho que le prometiera que se iba a casar con él. ¡Le había propuesto matrimonio! Estaba dándole vueltas a todo aquello cuando la enfermera encargada de sus cuidados entró en la habitación. Yancie supo que su visita había llegado a su fin.

Durante todo lo que quedaba de aquel día estuvo muy ilusionada. Cuando Fennia y Astra fueron a visitarla, no les comentó nada. Sin embargo les pidió que le llevaran algo de ropa.

-¿Pero dónde quieres ir? -le preguntó Astra.

-Es que me han dicho que me van a dar el alta mañana -le respondió Yancie.

-Mañana antes de irme a trabajar vendré y te traeré algo -le prometió Fennia.

Yancie no pudo dormir esa noche pensando en lo que Thomson le había dicho. Por una parte no se lo tomaba en serio, pero por otra sabía que aquel hombre cuando decía algo, se lo había pensado mucho con anterioridad. Aunque también era verdad que estaba sedado. Pero Yancie sabía que Thomson estaba consciente cuando había hablado con ella. La había llamado por su nombre. ¿Era posible que se hubiera enamorado de ella?

Fennia llegó a la mañana siguiente con algo de ropa.

-¿Quieres que te traiga algo más cuando venga esta noche?

-No, no te preocupes -sonrió Yancie. Si era verdad que Thomson se había enamorado de ella y quería casarse, no necesitaba nada más.

Fennia le había llevado uno de los vestidos que más le gustaba. Yancie se duchó y se lo puso, esperando pacientemente a que llegara el momento de poder ir a verlo.

Cuando llegó la hora, salió de su habitación y se dirigió a la de Thomson. El alma se le cayó a los pies cuando vio que de su habitación salía la señora Wakefield. Vio que su madre se dirigía

hacia ella y le bloqueaba el paso.

-¿Es que no estás contenta todavía con lo que has hecho?

-El accidente no fue culpa mía le dijo Yancie, intentando razonar.

-¿Y qué haces aquí?

-He venido a ver a Thomson -respondió. Si lo que le había dicho él iba en serio, aquella bruja iba a ser su suegra.

-El señor Wakefield -le corrigió la madre de Thomson-, no desea en estos momentos verte.

-Me parece que está usted bastante confundida -le respondió Yancie.

-Las únicas personas a las que quiere ver mi hijo es a mí y a su novia.

-¿Su novia? -le preguntó muy alterada-. No sabía que Thomson estuviera comprometido con nadie.

-¡No sé por qué lo tienes que saber! -replicó la señora Wakefield en tono arrogante-. Pero para tu información, mi hijo y Julia Herbert llevan bastantes meses comprometidos.

-Yo... -empezó a decir Yancie, pálida como la pared-. Claro, claro. Estoy segura de que los dos serán muy felices -intentó con todas sus fuerzas mantenerse en pie. Se dio la vuelta y se fue a su habitación.

Al día siguiente se fue del hospital. Preguntó a las enfermeras qué tal estaba Thomson y le dijeron que se estaba recuperando muy deprisa. Aquella noticia alegró su corazón.

Al día siguiente llamó al hospital por teléfono para interesarse por su estado. Le dijeron que estaba bien. Él no la llamó. Estaba claro que no estaba interesado por ella.

El sábado por la tarde volvió a llamar al hospital para preguntar otra vez por él.

-Al señor Wakefield lo han trasladado.

-¡Se ha ido a casa! -exclamó Yancie. Era imposible que se hubiera recuperado tan pronto.

-No, no podrá irse a casa hasta dentro de una o dos semanas -le informó la enfermera-. En cuando pueda levantarse, podrá acelerar el proceso de recuperación.

-¿Se ha ido a otro hospital? -le preguntó Yancie-. ¿Me podría informar a qué hospital le han trasladado?

-Me temo que no puedo decírselo.

Seguro que la señora Wakefield había dado instrucciones para que no le dijeran a nadie dónde lo habían trasladado, en especial si llamaba una conductora de la empresa.

Sin embargo, Yancie logró descubrirlo con la ayuda de Greville. A su primo le pareció normal que se interesara por el estado de su jefe, dado que los dos fueron los que tuvieron el accidente. A los pocos días Greville le dijo que le habían dado el alta.

Yancie recibió flores no solo de Kevin Veasey, sino también de Wilf y el resto de sus compañeros. Cuando se recuperó de las lesiones en su hombro, Yancie tuvo que decidir si quería volver a trabajar otra vez en la misma empresa.

Necesitaba el dinero, pero no sabía si iba a ser capaz de ver a Thomson otra vez, si iba a ser capaz de llevarlo en coche a donde él le pidiera. Aunque el accidente no había sido culpa suya, era muy posible que Thomson no confiara nunca más en ella.

Estaba deseando verlo con todas sus fuerzas, pero no sabía de qué iba a servir, sabiendo que se iba a casar con Julia. Después de pensarlo mucho, un día llamó a Kevin y le dijo que dejaba el trabajo.

-¿Estás segura? -le preguntó-. ¿No te lo quieres pensar un poco más? -parecía suponer que solo el accidente había influido en su decisión-. Tómate unos días más. Seguro que en cuando vuelvas al volante...

-Gracias por tu amabilidad, Kevin, pero he decidido dedicarme a otra cosa.

Prefería tener tiempo para pensar y decidir lo que iba a hacer con su futuro. A los pocos días Greville le dijo que Thomson había vuelto al trabajo. Qué más le daba a ella, si no lo iba a ver nunca más. Tenía que ser fuerte.

Sin embargo, no podía dejar de pensar en él. Se acordaba de la primera vez que lo vio. Recordó la primera vez que le sonrió.

Yancie sabía que estaba perdiendo el tiempo pensando en aquellas cosas, pero no podía evitarlo. No quería estar enamorada de él, pero era imposible no estarlo.

Recordó la pasión con la que se besaron. Habían estado a punto de hacer el amor, pero él había tenido la delicadeza de echarse atrás cuando vio que ella dudaba. Se había enamorado de él

precisamente por ser tan honesto y tan íntegro con ella.

Por eso no entraba en su cabeza el que estuviera comprometido con Julia Herbert. Porque una persona tan íntegra como él no jugaba con otra mujer, si de verdad estaba comprometido.

No, era imposible. Estuvo dándole vueltas en la cabeza a todo aquello. Thomson la había besado y ella había respondido. Y de qué forma. Y él no se había comportado como una persona a punto de casarse con otra mujer.

¿Llevaría Julia un anillo de compromiso? Yancie no recordaba habérselo visto. Pero si la había besado a ella era porque no estaba comprometido con nadie. De eso estaba segura.

A la mañana siguiente, Yancie se levantó pronto y decidió hacer algo para resolver su situación amorosa. No podía continuar dándole vueltas continuamente a lo mismo. Tenía que ir a ver a Thomson y hablar con él.

Estaba segura de que no se acordaría de haberle pedido casarse con él. Había estado muy enfermo. Pero ella sí se acordaba.

Sus dos primas se fueron a trabajar muy temprano. Prefirió no decirles nada. Se puso un traje muy elegante y se fue a Addison Kirk.

Cuando llegó, procuró no pasar por recepción. No estaba de humor para saludar a nadie. Se dirigió directamente a los ascensores.

La duda la tenía atenazada, sobre todo cuando llegó a la planta donde estaba el despacho de Thomson. Llegó a su puerta y casi medio confió en que él no estuviera dentro. Había días que no iba a la oficina, porque tenía que asistir a alguna reunión en algún otro sitio.

No había querido llamarlo primero, por si Veronica Taylor le decía que estaba demasiado ocupado y no podía verla. Estiró la mano para abrir la puerta de su despacho.

Tragó saliva. Su vida dependía de aquel momento. El último recuerdo que tenía de él era cuando se había despedido de Julia Herbert. La verdad, no estuvo mucho tiempo con ella, sino que había vuelto inmediatamente al coche. No era la conducta típica de un hombre que fuera a casarse con aquella mujer.

Con ese pensamiento en su mente, Yancie abrió la puerta y entró. Thomson estaba en su despacho. Levantó la mirada de su

mesa. Parecía no esperar a nadie. Estaba más delgado. Se dio cuenta nada más verlo. La estaba mirando como si fuera la última persona a la que esperaba ver.

-¿Qué tal estás? -le preguntó.

-No recuerdo tener cita contigo -le respondió.

¡Era increíble! Era el hombre más despiadado cuando se lo proponía. Por eso decidió contraatacar.

-No creo que esa sea forma de hablarle a tu prometida.

Incluso ella se quedó boquiabierta por haber sido capaz de decirle lo que le acababa de decir, Thomson se levantó y la miró fijamente. Yanci no sabía quién de los dos estaba más impresionado. De lo que sí se dio cuenta era que parecía que aquello era nuevo para él.

Lo mejor sería marcharse de allí cuanto antes.

CAPÍTULO 8

ERA evidente, a juzgar por la cara que ponía Thomson, que no recordaba nada de lo que le había dicho en el hospital. Lo cual era bastante normal, por la medicación que le habían puesto. No tenía que habérselo recordado.

-Lo siento -le dijo. Se dio la vuelta y se fue hacia la puerta.

Pero Thomson llegó antes y le impidió que la abriera.

-Cuéntame algo más -le ordenó.

Estaba pálido. Seguro que había perdido el color de la sorpresa.

-Déjalo, no parece que estés muy bien -le dijo preocupada por su salud.

-Ayer me dieron el alta.

-Es mejor no preocuparte -le respondió.

-Has sido una preocupación desde que te he conocido -le respondió con los ojos clavados en ella.

-Será mejor que me vaya. Solo venía a ver qué tal estabas.

-Mis conductores se preocupan mucho por mi estado de salud -le respondió en tono seco y sin apartar su mirada de ella.

-Bueno, parece que estás bien -le respondió, deseando que le dejara abrir la puerta y poder salir de allí cuanto antes.

-Quédate a tomar un café -le propuso Thomson.

-Esto no es una visita de cortesía -le respondió ella, deseando salir de allí cuanto antes.

-¿No lo es?

-Tuvimos un accidente juntos -le recordó, a pesar de que sabía que no hacía falta recordárselo.

Thomson seguía de pie frente a ella, mirándola fijamente. No sabía qué se le estaría pasando por la cabeza. Porque sabía que su cerebro nunca descansaba. Suspiró hondo.

-Creo que entre tú y yo ha habido algo más que un accidente, Yancie.

¿Sabría que ella estaba enamorada de él?

-Déjame marchar -le dijo intentando abrir la puerta.

Pero él no se movió.

-No es muy normal verte nerviosa -comentó

-¿Nerviosa? ¿Yo? ¡No! -le negó e hizo otro intento de salir de allí cuanto antes-. Tengo que irme. No creo que tengas tiempo de atender este tipo de visitas inesperadas.

-Acabo de hacer una excepción -le respondió.

-¡Qué amabilidad! -no quiso seguir manteniendo una guerra de contestaciones con él-. Estás más delgado -le dijo.

Ojalá no le hubiera dicho lo que le acababa de decir, porque en el momento en que aquel comentario salió de sus labios él le miró su cuerpo de arriba abajo.

-Pues tú tampoco es que hayas engordado mucho -comentó-. Me pregunto cuál habrá sido la razón.

-Es que los dos hemos estado hospitalizados -le dijo ella, sin querer reconocer que el amor le había quitado el apetito.

-¿Y qué tal estás ahora? -le preguntó en tono agradable.

Estuvo a punto de decirle que estaba desesperada.

-¿Te refieres a cuánto tiempo llevo teniendo estas alucinaciones? -se arrepintió de haberle hecho ese comentario nada más salir de su boca. Esperaba que Thomson se hubiera olvidado de que cuando entró le hubiera recriminado que no era forma de hablarle a su prometida.

Pero seguro que él no lo había olvidado. Sería confiar demasiado el que lo hubiera olvidado. Thomson era un hombre que pensaba muy rápido. Y seguro que el accidente no le había hecho perder sus facultades. Por eso le respondió de la forma que lo hizo.

-¿Lo dices por eso de que te propuse casarte conmigo? -hizo una pausa-. ¿Y que tú aceptaste?

Parecía tenso y en espera de una respuesta. Yancie sabía que estaba jugando con ella.

-Me lo propusiste, pero eso no quiere decir que estés comprometido conmigo -le respondió.

Thomson entrecerró los ojos.

-¿Crees que voy por ahí proponiendo matrimonio a cualquiera?

-Según tu madre llevabas comprometido con Julia Herbert meses.

-Julia H... -Thomson se la quedó mirando sin creerse lo que estaba oyendo-. ¿Te dijo mi madre que estaba comprometido con Julia Herbert? -le preguntó con cara de sorpresa. La agarró del brazo-. Ven y siéntate, anda.

-Estás ocupado -le dijo. Pero parecía que él ya había tomado una decisión.

-El trabajo puede esperar -le respondió-. Aquí han estado sucediendo cosas que yo no sé -y con esas palabras la acomodó en un sofá.

Yancie estaba temblando. Estuvo a punto de salir corriendo, pero al mismo tiempo quería quedarse, quería estar a su lado, aunque él no estuviera enamorado de ella.

Lo vio sonreír cuando ella aceptó sentarse en el sofá. Se fue hacia su mesa, apretó el botón del interfono, y sin apartar su mirada de ella, dijo:

-Verónica, estoy ocupado, que no me moleste nadie.

Yancie se quedó mirándolo. Thomson agarró una silla y se sentó a su lado, mirándola fijamente a sus ojos azules.

-No sabía que tuvieras tanta confianza con mi madre.

-Y no la tengo.

-Pero sin embargo tienes la suficiente como para que te cuente mi vida personal.

-Yo no conozco a tu madre. Me la encontré cuando fui a verte uno de los días a tu habitación.

-¿Es que fuiste más de una vez? -le preguntó.

¿No se acordaría de que había ido a verlo? No podía preguntárselo. Estaba temblando. Quería irse de allí cuanto antes, con su orgullo intacto. Pero no podía moverse. En el pasado había sido capaz de mentirle, pero mirándola como la estaba mirando, no podía.

-Fui varias veces -confesó. Su corazón casi se parte al ver la calidez que adquirió su mirada. Pero temía confundirse y no interpretar bien sus palabras-. Al fin y al cabo estábamos en el mismo hospital y yo era la que me podía mover -añadió.

-Pues he de confesarte que yo, cuando recuperé el conocimiento, la primera persona en la que pensé fue en ti -le respondió-. Pero no

podía ir a verte, porque estaba con tubos por todas partes.

-Es que no estabas nada bien -le respondió Yancie.

-Sin embargo intenté ir a verte. Y por eso las enfermeras me ataron para que me quedara en la cama.

-¿Recuerdas que yo fui a verte ese día?

-Sí. Llevabas puesta una bata de color rosa -le respondió. Yancie no tuvo más remedio que tragar saliva.

-¿Y no recuerdas nada más? -le preguntó-. Estabas muy sedado, así que no creo que te acuerdes...

-A pesar de que estaba completamente sedado, recuerdo que te pedí que te casaras conmigo.

Yancie sintió el corazón en la boca. Volvió a tragar saliva y sonrió.

-Bueno, dadas las circunstancias no voy a tomarlo en serio.

Thomson suspiró hondo, inclinó su cuerpo y la miró durante unos segundos que parecieron interminables.

-Pues me pondría muy triste si no te lo tomaras en serio, Yancie.

-¿De... de verdad? -tartamudeó, sin creerse lo que estaba oyendo-. El problema es que no te puedes casar con dos mujeres...

-Yo solo me quiero casar con una. Y te aseguro que voy a hablar con mi madre para que deje de inventarse cosas.

-Por mí no te preocupes.

-No te conozco mucho, Yancie, pero sé que no habrías venido hoy a verme si no hubiera sido por una buena razón. También quiero que sepas que entre Julia Herbert y yo lo único que hay es una muy buena amistad.

-¿Entonces eso de que era tu prometida se lo inventó tu madre?

-Sí -le respondió-. Yo nunca le he propuesto a nadie que se case conmigo nada más que a ti, Yancie.

No podía ser verdad lo que estaba sucediendo.

-¿Hablas en serio? -le preguntó. No sabía de dónde había sacado fuerzas para preguntárselo.

Thomson mantuvo su gesto de seriedad. Lo increíble era que se le veía nervioso. Pasados unos minutos, él lo volvió a admitir.

-Tardé tiempo en darme cuenta. Tardé tiempo en aceptar mis sentimientos, pensamientos y alegría que me invadió cuando te conocí -sonrió, se acercó a ella y le dio un beso en la mejilla-. Sí, querida Yancie. Te lo dije muy en serio.

Yancie se lo quedó mirando, con los ojos casi arrasados en lágrimas. Lo había dicho en serio. Thomson le había propuesto matrimonio. Estuvo a punto de abrazarlo y comérselo a besos. Pero estaba muy nerviosa. Nerviosa y muy insegura.

-Nunca antes me ha pasado nada... -no pudo terminar la frase-. Creo que estoy aterrorizada -confesó. Le encantó cuando vio que él le sonreía y agarraba con mucha dulzura su mano. El contacto la llenó de alegría y de felicidad-. El día que nos conocimos hablaste de sentimientos y cosas así.

-El día en que casi chocas contra mi coche.

-Te concedo que casi estuve a punto. Pero no fuiste muy amable conmigo.

-¿Y por qué lo iba a ser? -le respondió él-. Yo, un hombre metido en mi mundo de negocios, y de pronto apareces tú y casi provocas un accidente.

-Podrías haberme despedido por eso -murmuró Yancie.

-Eso fue lo más sorprendente -replicó él.

-¿Sorprendente?

-Por lo menos para mí. No sé por qué no llamé a tu departamento a decirles que te despidieran.

-Sin embargo lo que hiciste fue llamar diciendo que querías verme.

-Porque quería despedirte yo personalmente -le respondió sonriendo.

El corazón le latía con fuerza.

-Pero no lo hiciste -le recordó, casi sin aliento.

-¿Cómo habría podido hacerlo? Te metiste en mi vida e iluminaste mi triste existencia.

Yancie tragó saliva.

-¿De verdad? -le preguntó casi temblando.

-Sí -le respondió-. Una y otra vez me preguntaba qué hacía yo que no utilizaba mi tiempo para estar contigo. Porque desde el principio cada vez que estabas a mi lado me sentía feliz. Yo soy un hombre que solo piensa en el trabajo. Pero necesitaba verte. Y por eso te llamaba a ti para que me llevaras a los sitios. Pero con ello, mi mundo, según lo había conocido hasta ese momento, se empezó a desmoronar.

-¿Qué es lo que hice?

Thomson empezó a sonreír. Se acercó a ella y le dio un beso en los labios.

-Pues por ejemplo ir a recogerme tarde, meterte por atajos que no lo eran, quedarte sin gasolina. Me hiciste reír, a pesar de que yo seguía repitiendo que aquello no tenía gracia. Le diste a otra gente mi habitación y querías que durmiera en una silla. La vida es muy triste sin ti.

Yancie tragó saliva.

-Soy una persona terrible.

Thomson le agarró las dos manos y la miró a los ojos.

-Por eso no te extrañe que me haya enamorado de ti.

Se quedó boquiabierta al oírle decir aquello.

-¡Oh, Thomson! -exclamó.

-¿Te parece bien? -le preguntó él-. En el trabajo soy una persona muy segura, pero en esto... Me pongo muy nervioso.

-Claro que me parece bien -le respondió-. Muy bien. Me encanta que me quieras.

-¿De verdad?

Parecía tenso, por eso Yancie añadió:

-Es lo que más deseo en estos momentos.

-No me estarás mintiendo...

-No Thomson, nunca más te volveré a mentir -le respondió.

-Entonces dime lo que sientes por mí -le dijo él.

Yancie siempre había sido una persona bastante segura de sí misma, pero de repente se sintió tímida y no se atrevía a declararle su amor.

-Cuando estabas en el hospital y estabas tan enfermo, me dije que si morías yo prefería morir también.

-Cariño... -le dijo con voz ronca. No pudo seguir allí sentado agarrándole solo las manos. Se levantó y se colocó en el sofá junto a ella-. Gracias a Dios tú no saliste tan mal parada.

-¿Preguntaste por mí?

-Muchas veces. Sobre todo al ver que tú no venías a verme.

-Es cuando me pediste que... -le entró la timidez de nuevo.

-Cuando te pedí que te casaras conmigo -terminó la frase por ella.

-Fui a verte el día siguiente y me encontré con tu madre.

Thomson movió en sentido negativo la cabeza, como si no se

creyera lo que le estaba diciendo.

-No sabía que mi madre hubiera interferido en esto. No sabía que habías ido a verme -le dijo-. Me enteré por Greville que estabas bien y que te habían dado el alta. Y pensé que habías desestimado mi propuesta al no ir a verme.

-¡No! -protestó ella. Se besaron de forma muy natural.

-Una medicina maravillosa -susurró Thomson.

-¿Y por qué no me llamaste tú? -le preguntó

Yancie, a la que ya no le importaba nada más. Lo único que quería era estar al lado del hombre al que amaba, el hombre que increíblemente estaba enamorado de ella.

-¿Tú lo habrías hecho? No venías a verme. Esperé dos días. Miraba la puerta y mi corazón se sobresaltaba cada vez que veía que se abría, esperando que fueras tú. Al ver que no venías cambié de hospital.

-Oh Thomson, yo te amo -le dijo. Se abrazaron una vez más. Se besaron y se acariciaron.

-¿Y cuándo te diste cuenta? -le preguntó él, abrazado a ella.

-La noche que fui a recogerte tarde a tu casa, la que nos quedamos sin gasolina -empezó a contarle-. Había ido a llevar un paquete a la madre de uno de los mecánicos. Vive en Derby.

-No muy lejos -se burló Thomson. Cada vez estaba más enamorada de él-. Y yo preocupándome por si habías tenido un accidente.

-¿Estabas preocupado? -le preguntó.

-Casi me vuelvo loco de la preocupación -le confesó-. Pero después me sentí más seguro cuando pude tenerte entre mis brazos. En ese momento me di cuenta de mis sentimientos hacia ti.

-¿De verdad?

-Sí, de verdad. Yo trataba de convencerme de lo contrario, pero no podía pensar en otra cosa más que en ti.

-Cómo me gusta que digas eso.

Thomson sonrió y le dio un beso en la frente.

-Y cuando llamaba a otros conductores, me fijaba en sus manos en el volante y me acordaba de ti. Pero me repetía que era mejor ir con un conductor que por lo menos no me mintiera, con el que no acabara con las botas manchadas de barro. Pero los otros conductores no sabían cómo hacerme reír.

-¿Y yo sí?

-Yo estaría muy triste sin ti.

-Oh, Thomson.

-Pero ahora estás a mi lado -le dijo-. Casi no me lo puedo creer. Hubo momentos que estaba celoso.

-¡Celoso!

-Sí, celoso -sonrió-. Sobre todo la vez que te vi entrar con un hombre en el mismo restaurante donde yo estaba.

-¿Sentiste celos?

-Yo no quería reconocerlo, pero cuando te vi con aquel hombre eso fue lo que sentí.

-Pero a Charlie lo conozco de toda la vida. Es un colega.

-Ya lo sé -sonrió Thomson-. Y a la mañana siguiente cuando desayunamos juntos me di cuenta de que te habías apoderado de mi corazón.

Era maravilloso lo que le estaba diciendo. Completamente maravilloso.

-Continúa -le suplicó.

-Pero yo hice todo lo posible para no dejarme cautivar por tu encanto.

-Es natural -le respondió riéndose.

-Pero en el momento en que me descubrí mirándote de forma especial supe que tenía que hacer algo de forma inmediata.

-¿Y por eso pedías que te llevara cualquier otro conductor que no fuera yo? -le preguntó.

-Así es -confesó Thomson-. Pero a la semana de no verte sentí que me faltaba algo en mi vida.

-¿Me echabas de menos?

-Sí. La noche que te vi con ese amigo tuyo en la fiesta, fue cuando me di cuenta de que me había enamorado.

-Qué feliz me haces, Thomson.

-La verdad es que me has hecho pasar momentos de mucha angustia -se quejó-. A veces hasta llegué a pensar que me iba a volver loco.

-A mí también me ha pasado lo mismo -confesó ella-. La noche en que me dejaste la chaqueta, supe que me había enamorado de ti.

-¡Oh, Yancie! ¿Te diste cuenta también esa noche?

-Sí -suspiró ella-. A pesar de que después no quisieras reconocer

que esa noche algo especial ocurrió entre nosotros.

-Es que a veces digo mentiras, en circunstancias extremas.

-¿Me mentiste?

-Yancie, Yancie. El recuerdo de aquella noche me ha estado acosando en mi cerebro. Esa noche estuve a punto de hacer algo de lo que nos habríamos arrepentido los dos. A la mañana siguiente decidí distanciarme de ti.

-Por eso pusiste la cara que pusiste cuando aparecí para llevarte a Manchester, ¿no?

-He de confesarte de que me alegré mucho de volverte a ver -le respondió-. Aquella noche quería besarte de nuevo, estrecharte entre mis brazos otra vez. Pero quería mantenerme apartado de ti.

-Pero a la mañana siguiente cuando yo estaba en el cuarto de baño, no lograste lo que te habías propuesto -se burló Yancie.

-Qué malvada eres. Sabes que no pude resistir.

-Sí, pero dijiste que lo nuestro no podía ser.

-Porque no tenía otro remedio. Porque quería hacer el amor contigo y no sabía si después te ibas a arrepentir.

-Pues para tu información, no me habría arrepentido.

-¿Entonces me amas? -le preguntó, como si todavía no se hubiera dado cuenta de ello.

-¿Te parece tan raro?

-Para serte sincero, sí-le respondió-. Cuando volvimos de Londres traté de pensar de forma lógica. Yo me di cuenta de que me había enamorado de ti, pero no estaba seguro de que tú me correspondieras. Por eso decidí no verte nunca más.

-¿Cómo pudiste hacer algo así?

-No pude. Sin embargo lo intenté. Por eso te llamé para que me llevaras a la fiesta, para que vieras que estaba saliendo con otra y te olvidaras de mí.

-¡Eso es lo peor que pudiste hacer!

-¿Estás enfadada?

-No, no lo estoy.

-Pero te juro que durante todo el tiempo estaba pensando en ti.

-¿Sabías que yo estaba en la cocina?

-Me lo dijo uno de los camareros cuando pregunté por ti. Me quedé un poco más tranquilo, sabiendo que estabas cenando algo caliente. Después de dejar a Julia solo recuerdo despertar en el

hospital pensando en qué te podría haber pasado.

-Y yo estaba allí, junto a ti -le dijo sonriendo.

-En ese momento me di cuenta de que era imposible separarme de ti y por eso te pedí que te casaras conmigo.

Yancie sonrió. Se sentía llena de felicidad.

-Eso es lo que suele ocurrir cuando alguien baja la guardia.

-El problema es que estaba tan sedado que no pude oír tu respuesta.

¿Iría a pedirle otra vez que se casara con él? Yancie pensó que era lo más natural, después de haberse declarado los dos. Pero era tan tímido que no sabía si iba a poder pedírselo por segunda vez.

-Al ver que no venías más a verme, pensé que no habías aceptado mi propuesta. Pero dado que has venido a verme, a pesar de lo que te ha dicho mi madre, supongo que no estás comprometida con nadie. ¿Te quieres casar conmigo?

Yancie respiró hondo. Aquello era más de lo que ella podía pedir.

-Oh, Thomson -susurró-. Claro que sí.

Y los dos se fundieron en un beso apasionado.

Un mes más tarde, Ralph Proctor recorría del brazo de su hijastra el pasillo hacia el altar. Detrás de ellos iban sus primas Astra y Fennia.

Vestido con un traje oscuro, la estaba esperando el hombre al que amaba. Cuando lo vio, el corazón casi le deja de latir.

Agarró su mano, se la levantó y le dio un beso.

-Este ha sido el mes más largo de mi vida —le susurró al oído.

-Para mí también -le susurró ella. Los dos se sonrieron con dulzura. Astra y Fennia se encargaron del ramo que llevaba en sus manos y el párroco los casó.

Después posaron para las fotos.

-Gracias por casarte conmigo, Yancie Wakefield -le murmuró Thomson.

-El placer es mío, señor Wakefield -le respondió ella.

Los dos se echaron a reír. Ninguno de ellos se había sentido tan feliz en su vida.



JESSICA STEELE (Warwickshire, Inglaterra (1933) - es una popular escritora británica. Desde 1979 ha escrito más de 85 novelas románticas publicadas por *Mills & Boon*.

Fue una niña delicada, a los 14 años le diagnosticaron tuberculosis y tuvo que abandonar los estudios, a los 16 años comenzó a trabajar y nunca regresó a la escuela a la que siempre ha echado de menos.

Peter, su marido,la ha apoyado en su trayectoria profesional y durante el periodo de aprendizaje (5 años según Jessica).

Es feliz escribiendo a mano,y tiene gran cantidad de plumas. Para documentarse y obtener información para sus obras ha viajado por todo el mundo.